



¿Le vas a venir a Sofía con cuentos?

Los dos árboles. Cómo se fueron distanciando

Una novela de un padre y su hija Sofía.

Kiko Orozco Rocamora

Índice

Prólogo

Capítulo 1. Papá, ¿qué es el Estado?

Capítulo 2. Papá, ¿quién dijo que sí por mí?

Capítulo 3. Papá, ¿tú dijiste que sí por mí?

Capítulo 4. Papá, ¿cuándo me lo vas a decir?

Capítulo 5. Papá, ¿yo he firmado un contrato?

Capítulo 6. Papá, ¿por qué todo el mundo hace caso?

Capítulo 7. Papá, ¿qué es una presunción?

Capítulo 8. Papá, ¿la carta tiene razón?

Capítulo 9. Papá, ¿mi hucha pierde dinero?

Capítulo 10. Papá, ¿quién hace el dinero?

Capítulo 11. Papá, ¿quién va a pagar lo que se debe?

Capítulo 12. Papá, ¿el Estado cumple lo que promete?

Capítulo 13. Papá, ¿de dónde sale la pensión de la abuela?

Capítulo 14. Papá, ¿quién le dio el poder al primer Estado?

Capítulo 15. Papá, ¿a quién votas tú?

Capítulo 16. Papá, ¿y antes de los Estados qué había?

Capítulo 17. Papá, ¿dicen todos lo mismo?

Capítulo 18. Papá, ¿qué pasó en el jardín?

Capítulo 19. Papá, ¿te han contestado?

Capítulo 20. Papá, ¿todo se publica?

Capítulo 21. Papá, ¿cuánto le pagas al Estado?

Capítulo 22. Papá, ¿lo de siempre es para siempre?

Capítulo 23. Papá, ¿y nosotros dónde estamos?

Prólogo

Esta novela es ficción. Los principios que el padre enseña son del autor y están fechados; el diálogo, la niña, su madre y su casa son inventados.

Esto es una novela, y conviene decirlo en la primera página. El autor es soltero, y lo dice aquí para no mentir a nadie. La familia de estas páginas no es la suya: el padre, su taller mecánico, su mujer y su hija son inventados. También es inventada su vida de cada día: llevar a la niña al colegio, ir al taller, recogerla a mediodía, que la madre se vaya a trabajar, cocinar y comer en casa.

Lo que no es inventado son los principios que el padre enseña a su hija. Son del autor: los dejó escritos, con su fecha, a lo largo de muchos meses. Aquí se dicen con palabras que una niña pueda entender, sin cambiar lo que dicen. Tampoco es inventado lo que el padre encuentra cuando se pone a buscar: es lo que la obra del autor tiene comprobado, y se dice con sus mismas palabras. Las situaciones en que el padre aprendió lo que enseña sí son inventadas; lo que aprendió, no. Y lo que escribe Sofía IA en estas páginas también es inventado: no está copiado de ninguna conversación real. Es una manera de contar una parte de verdad dentro de una historia inventada.

La niña se llama Sofía, tiene nueve años y pregunta de verdad. Su nombre viene del griego σοφία, que significa «sabiduría».

Su madre se llama Gea, que es como los griegos llamaban a la Tierra (Γῆ o Γαῖα). Un himno griego antiguo la canta como madre de todos y dice que alimenta a todo lo que vive. El autor lo ve así: en esta novela, la sabiduría es hija de la tierra, porque lo que se sabe de verdad nace de lo que se ve crecer y dar fruto.

Hay dos Sofías. El padre trabaja con una herramienta de inteligencia artificial a la que también llama Sofía, y con ella va dando instrucciones a otras. Esto sí viene de la vida real: la obra del autor se ordenó con ayuda de herramientas de inteligencia artificial, y una de ellas se llama Sofía. Para que nunca se confundan, el padre llama a la de la pantalla Sofía IA (IA, de inteligencia artificial), y lo que ella escribe en la pantalla va en un párrafo aparte, con su nombre delante, como en los mensajes del móvil. La niña es Sofía, sin más, y habla con raya, como en cualquier novela.

Al pie de cada capítulo, fuera de la novela, van dos notas del autor. Una dice dónde está en la obra lo que el padre va encontrando. La otra dice lo que costó encontrarlo, con los números de verdad que guardan los registros de la obra: cuántas veces se guardó cada capítulo, en qué días y cuántas citas se comprobaron en su original. Donde no hay registro, como las horas de cada noche, no se pone ninguna cifra.

Y una imagen, para empezar. Hace mucho tiempo, en el jardín del Edén, había dos árboles. Uno era el árbol de la vida. El otro, el árbol del conocimiento del bien y del mal. Crecían en el mismo sitio, tan cerca que casi se tocaban las ramas, y cada uno daba su fruto. El árbol de la vida se quedó donde estaba, en el jardín. El otro, el del conocimiento, fruto tras fruto, cosecha tras cosecha, año tras año, se fue alejando del jardín. No se alejaron el uno del otro: fue uno solo el que se fue. Nadie lo vio irse, porque se fue despacio.

Esta novela empieza muy lejos de aquel jardín: en una cocina, un día cualquiera, con una pregunta.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 0.2.

Papá, ¿qué es el Estado?

La carta estaba en el buzón, debajo de la propaganda del supermercado. Un sobre blanco con ventanilla y, en una esquina, un escudo. El padre lo dobló sin abrirlo, se lo guardó en el bolsillo del mono y subió la escalera detrás de Sofía, que iba contando los escalones en voz alta, como cada día, aunque ya sabía que eran quince.

En el rellano se cruzaron con Gea, que bajaba con el bolso al hombro y las llaves en la mano, camino del trabajo. Le dio un beso a la niña, otro a él, y vio el sobre asomando del bolsillo del mono.

—¿Y eso?

—Una carta.

—Pues no la abras con hambre —dijo, ya escaleras abajo—. En la nevera tenéis una nota.

La nota estaba sujeta con un imán: «Hay lentejas del domingo. Que la niña coma fruta».

Sofía dejó la mochila tirada en el pasillo y se sentó en la encimera, que era justo donde no podía sentarse, mientras su padre ponía las lentejas al fuego. Tenía nueve años y una manera de mirar que no dejaba escapar nada.

—¿Qué carta es esa?

—Una carta.

—Ya. ¿De quién?

—Del Estado.

Se oyó decirlo y le sonó raro, como si el Estado fuera un vecino que escribe cartas.

—¿Y qué es el Estado?

El padre removió las lentejas. Llevaba toda la vida oyendo esa palabra: en la radio del taller, en las noticias, en boca de los clientes mientras esperaban el coche. Nunca se había parado a pensar qué quería decir.

—El Estado es el que pone las normas. Y el que cobra los impuestos para pagar lo que es de todos: el colegio, el médico, las carreteras.

—¿Y quién le ha dicho que puede poner las normas?

—Nosotros. El Estado somos todos.

Sofía arrugó la nariz.

—Yo no he puesto ninguna norma.

Él se rio, pero la risa se le quedó a medias. Ella no había puesto ninguna norma. Y él, ahora que lo pensaba, tampoco.

—Pues mira, en eso tienes razón. Y te voy a decir una cosa que sí sé: nunca des nada por hecho.

—¿Ni lo que dices tú?

—Ni lo que digo yo.

A Sofía le pareció un trato justo. Se bajó de la encimera de un salto y fue a por una mandarina.

La tarde se fue en lo de siempre: el taller, un embrague que no acababa de entrar, la niña a la piscina. Entre coche y coche, el padre sacó el móvil para buscar qué es el Estado, y cada vez lo volvió a guardar. Le salían respuestas larguísimas, cada una con palabras distintas, y él tenía las manos llenas de grasa.

A la cena, ya con Gea en casa, Sofía lo contó todo de corrido, con el tenedor en la mano: que papá decía que el Estado somos todos, y que ella no había puesto ninguna norma.

Gea miró al padre por encima del vaso.

—Pues ya tienes deberes.

Sofía se rio con la boca llena, y a él no le quedó más remedio que reírse también.

Por la noche, cuando Sofía ya dormía y Gea se había quedado dormida en el sofá con un libro abierto encima, sacó la carta del bolsillo y la abrió. Era lo de siempre: un plazo, un número de expediente y un artículo de una ley que no conocía. La dejó en la mesa de la cocina.

No era la carta lo que le quitaba el sueño. Era lo que le había dicho a la niña.

«El Estado somos todos». Se lo había dicho con la misma seguridad con que le decía que el agua moja. ¿De dónde lo había sacado? Lo había oído muchas veces, a mucha gente, durante muchos años. No le había mentido. Pero le había dado por cierto algo que nunca había comprobado.

¿Le había hablado en verdad a su hija?

Pensó en el taller. Cuando le traen un coche que hace un ruido, no cambia la pieza que le dice el cliente. Primero escucha, luego desmonta, y no se salta ningún paso, porque si se salta uno se equivoca, y el error lo paga el cliente. Un pasito detrás de otro, y en orden.

Si el Estado fuera un motor, ¿cómo lo diagnosticaría? Se lo preguntó así, con esas palabras, y le gustó la pregunta. ¿Cómo se construyó? ¿Qué lo sostiene? ¿Qué lo alimenta? Habría que desmontarlo pieza a pieza, como se desmonta una máquina, para entender cómo funciona.

Abrió el portátil y le escribió a Sofía IA, la herramienta que le ayudaba a buscar desde hacía unos meses: «¿Qué es el Estado?».

La respuesta llegó enseguida. Era larga, bien escrita, con palabras como soberanía, territorio y poder público. La leyó dos veces. Sonaba muy bien. Y se dio cuenta de que sonaba exactamente como él a mediodía, solo que más larga.

Le escribió otra vez: «¿Dónde está escrito eso? Quiero leerlo en el original, no en un resumen».

Sofía IA le contestó con una lista: leyes, libros de hace siglos, sentencias de los tribunales. Una lista no es una respuesta, pensó. Es un mapa. Y con un mapa todavía no has llegado a ningún sitio.

Cogió la libreta de los presupuestos del taller, arrancó una hoja limpia y la dividió en tres columnas.

En la primera escribió «Comprobado», y debajo no puso nada.

En la segunda escribió «Lo que yo creo», y debajo: «Que el Estado somos todos. Lo he oído siempre».

En la tercera escribió «Aún no lo sé», y debajo: «Qué es. Cómo se construyó. Qué lo sostiene. Qué lo alimenta».

Se quedó mirando la hoja. La primera columna, vacía, le pesaba más que la carta. Abajo del todo, con letra grande, escribió una frase más: «No estoy aquí para creer. Estoy aquí para saber».

A la mañana siguiente, en el coche, camino del colegio, Sofía le preguntó con la frente pegada a la ventanilla:

—Papá, ¿y al final qué es el Estado?

Él tardó en contestar. Podía repetirle lo de ayer, más largo y con palabras más bonitas, como Sofía IA.

—Esto aún no lo sé —dijo—. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 0.3, 0.4 y G.7.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 0 se guardó 27 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 27 citas comprobadas en su original; el anexo G se guardó 19 veces, del 7 al 12 de octubre de 2026, y tiene 6 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿quién dijo que sí por mí?

Esa noche, la hoja de las tres columnas seguía en la mesa de la cocina, sujeta con el salero. La de «Comprobado» seguía vacía.

El padre abrió el portátil y le escribió a Sofía IA: «¿Dónde está escrito que el Estado somos todos?».

La respuesta llegó enseguida, segura, sin una sola duda.

Sofía IA: Lo dice la Constitución en su artículo primero: «El Estado lo formamos todos los españoles».

Sonaba muy bien. Sonaba tan bien que estuvo a punto de copiarlo en la columna de «Comprobado». Pero se acordó de la niña sentada en la encimera y de lo que él mismo le había dicho: nunca des nada por hecho. Ni lo que dice papá. Ni lo que dice una pantalla.

Buscó la Constitución en la página del Boletín Oficial del Estado y fue al artículo primero. Lo leyó despacio, como lee un manual de taller cuando no se fía de su memoria. Allí no ponía eso. Ponía esto:

«La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado».

Buscó «somos todos» en el texto entero. Nada. Buscó «formamos». Nada.

Le escribió: «Eso no está en el artículo primero. Ni en ningún otro».

Sofía IA: Tienes razón. Esa frase no está en el texto. Te di algo que sonaba como la Constitución, pero no era la Constitución.

El padre se quedó mirando la pantalla. La máquina le había dado lo mismo que él le dio a la niña: algo que sonaba bien, sin haberlo leído.

Volvió al principio del texto. Antes del preámbulo, en mayúsculas, había una frase que no había visto nunca: «LAS CORTES HAN APROBADO Y EL PUEBLO ESPAÑOL RATIFICADO LA SIGUIENTE CONSTITUCIÓN». El pueblo había dicho que sí, en una votación, en 1978.

Hizo la cuenta con el lápiz, como hace los presupuestos. Los que entonces no tenían edad de votar no la votaron. Los que nacieron después, tampoco. Sofía, desde luego, no.

Y entonces se le paró el lápiz. Él había nacido en 1972. En 1978 tenía seis años y jugaba en la calle. Él tampoco la había votado.

No es que aquello no valiera. Es que su sí, como el de su hija, no lo había dado nunca: se daba por supuesto.

Tachó «Que el Estado somos todos» de la columna de lo que creía. Y en la de «Comprobado», por fin, escribió la primera línea: «Los poderes del Estado salen del pueblo. El pueblo dijo que sí en 1978. Los que no tenían edad de votar, y los que nacieron después, nunca la votaron».

Al día siguiente la recogió del colegio a mediodía. Hacía sol y volvieron andando por la avenida de los árboles, que ya empezaban a soltar las hojas.

—Te tengo que decir una cosa —le dijo—. Ayer te dije que el Estado somos todos. Lo he mirado, y no es lo que pone.

Sofía se paró en seco.

—¿Te equivocaste?

—Me equivoqué. La verdad es la que es, no la que a uno le gustaría que fuera.

A Sofía le hizo gracia que su padre se equivocara. Siguió andando, pisando solo las hojas secas, que crujían.

—¿Y qué pone?

—Pone que el poder del Estado sale del pueblo. Y que el pueblo dijo que sí, en una votación, hace muchos años.

—¿Y yo voté?

—Tú no habías nacido. Y yo tenía seis años: yo tampoco la voté.

Sofía lo miró como si acabara de enterarse de que su padre también había sido pequeño. Luego se quedó pensando, con el ceño fruncido, igual que cuando hace restas llevando.

—Es como si en mi clase votaran las normas del recreo antes de que yo llegara —dijo—, y luego me dijeran que yo también las voté.

Él no supo qué contestar. Lo había explicado mejor que él.

—Entonces —siguió ella—, ¿quién dijo que sí por mí?

El padre buscó una respuesta corta, de las de día.

—Mira, yo creo una cosa: el poder de los que mandan se sostiene en que los demás les digamos que sí. Eso es lo que yo creo. Comprobado, todavía no.

—¿Y si yo no he dicho nada?

Él no contestó. Le revolvió el pelo y siguieron andando.

Por la noche, Gea se asomó a la cocina con dos tazas.

—¿Sigues con lo del Estado?

—Sigo.

Ella dejó una taza junto a la hoja y leyó la única línea de la columna de «Comprobado».

—Mi madre sí la votó —dijo—. Fue a votar con su vestido bueno, como quien va a una boda. Me lo ha contado muchas veces.

Él la miró. Eso no lo sabía.

—¿Y tú?

—Yo era una cría. Como tú.

Se quedó pensando en la madre de Gea con su vestido bueno. Era verdad lo uno y lo otro a la vez: los que la votaron, la votaron con ilusión, y los que vinieron después no la votaron. Lo uno no borraba lo otro.

Gea le dio un beso en la cabeza.

—No te acuestes tarde.

Cuando se quedó solo, fue hasta la puerta del cuarto de Sofía. Dormía de lado, con un brazo fuera de la manta y la boca un poco abierta.

Pensó en todo lo que le había dicho sin mirarlo. Que el Estado somos todos. Que las cosas son así porque siempre han sido así. Se lo habían dicho a él, y él lo había repetido, como se repite una canción sin saber de quién es. Había nacido en un mundo en el que todo el mundo daba esas cosas por hechas. Y, sin embargo, algo no le cuadraba. Era como ese ruido pequeño que a veces hace un motor y que solo oye el que lo conoce bien: el cliente jura que no oye nada, y el mecánico sabe que ahí hay algo.

A ella le iba a hablar con lo que se sostuviera. Y lo que no supiera, lo iba a buscar, aunque le costara las noches.

Volvió a la mesa y buscó quién había dicho que sí por su hija. Pasó un buen rato entre páginas que no decían nada, o que decían mucho sin decir de dónde lo sacaban. Al final dio con un periódico que contaba que, a los pocos días de nacer, un niño ya está inscrito en un registro del Estado, con un número para toda la vida.

Lo leyó dos veces. Luego cogió el lápiz, pero no lo apuntó en «Comprobado». Lo apuntó en «Aún no lo sé», con una nota al lado: «Lo dice un periódico. Buscar la ley».

Un periódico no es la fuente, pensó. Solo te dice dónde mirar.

A la mañana siguiente, mientras Sofía se peleaba en el suelo con los cordones de las zapatillas, le preguntó sin levantar la cabeza:

—¿Ya sabes quién dijo que sí por mí?

—Todavía no lo sé —dijo él—. He encontrado dónde mirar, pero aún no lo he leído. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.2, 10.9 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 10 se guardó 21 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 56 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿tú dijiste que sí por mí?

Esa noche no empezó por el periódico. Empezó por Sofía IA, porque quería saber cómo se llamaba la ley que tenía que buscar.

Le escribió: «¿Qué pasa cuando nace un niño? ¿Quién lo apunta en el Registro Civil?».

Sofía IA: Lo apuntan los padres, cuando pueden. No hay plazo.

Lo leyó y no lo apuntó en ninguna parte. Fue a buscar la ley del Registro Civil, la de verdad, en la página del Boletín Oficial del Estado. Tardó en dar con lo que buscaba, porque la ley era larga y estaba escrita como se escriben las leyes, que cansan antes de llegar a lo que uno busca. Pero llegó.

Lo primero de la lista no eran los padres. Era «La dirección de hospitales, clínicas y establecimientos sanitarios». Y esa dirección «comunicará en el plazo de setenta y dos horas a la Oficina del Registro Civil» cada nacimiento.

Le escribió a Sofía IA: «Sí hay plazo. Y lo primero no son los padres: es el hospital».

Sofía IA: Tienes razón. Te contesté de memoria y sin mirar la ley.

Siguió leyendo. «El registro individual se abrirá con la inscripción de nacimiento». Y a cada registro se le asigna un código personal, una secuencia «que será única e invariable en el tiempo».

Volvió a la hoja de las tres columnas y miró lo que había apuntado la noche anterior, lo del periódico. El periódico no iba desencaminado, pero no decía lo mismo. Decía «a los pocos días», y la ley decía setenta y dos horas. Decía «un número para toda la vida», y la ley decía un código único e invariable en el tiempo. Por eso hay que leer el original, pensó. El que resume, aunque acierte, ya ha decidido por ti qué te cuenta.

Tachó lo del periódico en «Aún no lo sé» y escribió en «Comprobado»: «Al nacer, el hospital tiene que avisar al Registro Civil en setenta y dos horas. Se abre un registro con un código que no cambia nunca».

Se quedó un rato con el lápiz en la mano. Nadie había preguntado nada. Y nadie podía preguntar: la interesada tenía cero días.

Al día siguiente, por la tarde, Sofía fue con él al taller. Se sentó en el taburete alto, el de las herramientas finas, y se puso a balancear las piernas mientras él cambiaba las pastillas de freno de un coche que no era de nadie que ella conociera.

—En el recreo se lo he contado a mis amigos —dijo—. Lo de que nadie de mi clase votó.

—¿Y qué te han dicho?

—La de la trenza dice que a ella le da igual, que total, nadie le pregunta nada nunca. Y el de las gafas dice que su padre dice que, si lo votaron los mayores, vale para todos. Que así funcionan las cosas.

—¿Y tú qué piensas?

—Que a mí no me da igual.

Él apretó una tuerca antes de contestar.

—El padre de tu amigo dice lo que dice la ley: lo votó el pueblo, y vale. Eso es verdad. Lo que yo he encontrado es que ni tú ni yo lo votamos. Y eso también es verdad. No hace falta que ninguno esté equivocado.

Sofía lo pensó, balanceando las piernas.

—Pues la de la trenza sí que está equivocada. A mí sí me importa.

—¿Qué has encontrado tú? —le preguntó después.

Él se limpió las manos con el trapo antes de contestar.

—Que cuando naciste, el hospital tenía que avisar al Estado. Y que te apuntaron en un registro con un código que no cambia nunca.

—¿Y me preguntaron?

—No podían. Acababas de nacer.

Sofía dejó de balancear las piernas.

—Pero tú estabas allí.

Él se acordó de pronto. La madrugada en que nació Sofía, una enfermera le puso delante unos papeles y un bolígrafo. Firmó donde le dijeron, sin leer, con los ojos puestos en la niña, que dormía en el brazo de Gea.

—Papá, ¿tú dijiste que sí por mí?

—Firmé unos papeles —dijo despacio—. Sin leerlos.

Lo dijo sin buscar excusas, porque no las había.

—Y de eso respondo yo. Cada uno es responsable de sí mismo.

Sofía lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y me diste al Estado?

Él dejó la llave en el banco.

—No —dijo—. Eso lo creo con todo el corazón. Pero creerlo no es comprobarlo.

Sofía se bajó del taburete y se fue a mirar los tornillos del cajón, que era lo que hacía cuando una cosa no le gustaba. Él la dejó estar.

Por la noche buscó si un padre podía dar a su hijo. No a cuidarlo: darlo. Encontró de todo. Páginas que decían que sí, páginas que decían que no, y casi ninguna que dijera de dónde lo sacaba. Encontró también un vídeo de un profesor que hablaba de un filósofo francés, Rousseau, que ya había escrito sobre eso hacía siglos. Pero el profesor no decía en qué libro, ni con qué palabras.

Otro que me dice dónde mirar, pensó, y no me enseña la página.

Apuntó en «Aún no lo sé»: «¿Puede un padre dar a su hijo? Rousseau. Buscar el libro y leerlo».

Por la mañana, mientras desayunaban, Sofía le preguntó con la boca llena de manzana, sin mirarlo:

—¿Me diste o no me diste?

Gea, que estaba sirviendo el café, se volvió hacia ella.

—Tú no eres de nadie, Sofía. Eres tuya.

Lo dijo sin pensarlo, como quien dice que hace frío. La niña miró a su padre, a ver qué decía él.

—Tu madre dice lo que yo creo —dijo él—. Pero esto aún no lo sé, Sofía. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.4.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿cuándo me lo vas a decir?

Sofía lo volvió a preguntar a la salida del colegio, antes de que él le cogiera la mochila.

—¿Me diste o no me diste?

Lo preguntó en la escalera, entre escalón y escalón. Lo preguntó con el tenedor en el aire, a la hora de comer. Lo preguntó en la bañera, con el pelo lleno de espuma. Era como un martillo pilón: golpe, golpe, golpe, y siempre en el mismo sitio.

El padre no tenía la respuesta. Tenía un nombre apuntado en la hoja de la cocina y un libro que aún no había encontrado. Podía decirle «claro que no», y la niña se quedaría tranquila. Pero eso era lo que él creía, no lo que sabía. Y ya le había dicho una vez algo que sonaba bien sin haberlo mirado.

—Aún no lo sé —le dijo mientras le aclaraba el pelo—. Y no te lo voy a decir hasta que lo sepa.

—¿Y cuándo me lo vas a decir?

—Cuando lo haya leído con mis ojos. Mientras tanto, ¿jugamos a una cosa?

Sofía dejó de chapotear.

El juego era sencillo. Él escondía algo en casa y le daba una pista. Ella tenía que encontrarlo, con una norma: solo valía lo que pudiera comprobar.

—¿Como tú con el Estado?

—Como yo con el Estado.

Escondió el lápiz de los presupuestos, el corto, el de la punta gastada, y le dio la primera pista: «Está donde algo crece».

Sofía, ya en pijama, pidió una hoja y la dividió en tres columnas, como la que había visto en la mesa de la cocina, debajo del salero. Arriba escribió con su letra grande: «Lo sé», «Lo creo» y «No lo sé».

En «Lo creo» puso enseguida: «En las macetas del balcón». Las plantas crecen. Estaba tan segura que fue corriendo descalza.

Removió la tierra de cada maceta con un dedo. Nada. Volvió a la hoja, tachó el balcón y escribió en «Lo sé»: «No está en las macetas. Mirado».

—Otra pista —pidió.

—Lo que crece aquí no es una planta.

Sofía se quedó pensando, con el ceño fruncido. El pan no crece. Las uñas sí, pero no cabe un lápiz debajo de una uña. Miró a su alrededor despacio, como su padre cuando escucha un motor. Y entonces vio el marco de la puerta de su cuarto, donde cada cumpleaños le marcaban la altura con una raya y la fecha.

Lo que crecía en esa casa era ella.

Se subió a una silla. Encima del marco, por encima de todas las rayas, estaba el lápiz.

—¡Lo he encontrado yo sola! —gritó—. Bueno, tú me has enseñado.

—Yo no te he enseñado nada —dijo él—. Solo te he cogido de la mano para que te acordaras.

—¿De qué?

—De que ya sabías buscar. Lo único que has hecho es no creerte lo primero que se te ocurrió.

Por la mañana, la hoja de Sofía estaba en la nevera, sujeta con un imán, al lado de la nota de Gea.

Jugaron más días. El sábado por la mañana se apuntó Gea, en bata y con el café en la mano, y fue la primera en perder: fue derecha al costurero, «porque ahí lo esconde siempre tu padre», y no estaba.

Sofía le enseñó su hoja, muy seria.

—Eso va en «Lo creo», mamá.

—Pues tienes toda la razón —dijo Gea, y se sentó en el suelo a buscar con ella debajo del sofá.

Cada noche, mientras la niña dormía, él buscaba el libro.

La primera noche le preguntó a Sofía IA en qué libro había escrito Rousseau que un padre no puede dar a su hijo.

Sofía IA: En *El contrato social*. Rousseau escribe: «Los hijos no pertenecen a los padres, sino a sí mismos».

La frase era redonda. Demasiado redonda, pensó. Le escribió: «¿En qué página? Quiero leerlo con sus palabras».

Sofía IA: Tienes razón al pedirlo. Esa frase no es suya: es un resumen mío de lo que dice. Sus palabras están en el libro primero, capítulo cuarto.

Un resumen vestido de cita. Lo mismo que le hizo con la Constitución, solo que con mejor letra.

El libro estaba escrito en francés, y él no sabía francés. Tardó en encontrar la primera edición, la de 1762, fotografiada página a página, con letras antiguas y palabras escritas de otra manera. Sacó el diccionario de francés que Gea guardaba de cuando estudiaba y fue palabra por palabra. Le pedía a Sofía IA que le tradujera una frase, y luego miraba cada palabra en el diccionario, por si acaso. En una se atascó: «enfants». El diccionario no la traía.

Gea, que entró en la cocina a por el vaso de agua de antes de dormir, se inclinó sobre la página.

—Prueba con una te —dijo—. Los libros viejos escriben raro.

Él la buscó con la te. El diccionario traía «enfants»: hijos.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía. Me sonaba. —Le quitó el lápiz de detrás de la oreja y se lo puso en la mano—. Ahora ya lo sabes tú.

Fueron varias noches. Al final tuvo la frase entera, y la leyó despacio:

«Aunque cada uno pudiera enajenarse a sí mismo, no puede enajenar a sus hijos: nacen hombres y libres; su libertad les pertenece, y nadie más que ellos tiene derecho a disponer de ella. Antes de que lleguen a la edad de la razón, el padre puede estipular en su nombre condiciones para su conservación y su bienestar, pero no darlos de forma irrevocable y sin condición».

Lo había escrito un hombre en 1762, sin pensar en un registro electrónico con un plazo de setenta y dos horas.

Cogió el lápiz, el del marco de la puerta, y escribió en «Comprobado»: «Rousseau, en su libro, en francés: un padre puede decidir por su hijo lo que le conviene mientras es pequeño. Darlo para siempre y sin condición, no».

Luego se quedó un rato quieto. Rousseau no hablaba del hospital ni de los papeles que él firmó aquella madrugada. Hablaba de los padres y de los hijos. Que aquello valiera para su firma era cosa suya, y lo apuntó donde tocaba, en «Lo que yo creo»: «Que yo no la di. Firmé para cuidarla».

A la mañana siguiente, en el coche, Sofía no tuvo que preguntar. Él se lo dijo antes de arrancar.

—No te di.

Sofía lo miró por el espejo.

—¿Seguro?

—Lo escribió un hombre hace mucho tiempo y lo he leído con sus palabras: un padre puede decidir cosas por su hija para cuidarla mientras es pequeña, pero no darla. Que eso valga para los papeles que firmé en el hospital, eso lo creo yo. Y lo creo con todo el corazón.

—¿Y si hubieras querido darme?

—No habría podido. Tu libertad es tuya. Yo te quiero libre, no como se quiere una cosa que uno tiene.

Sofía se quedó callada un momento, mirando por la ventanilla.

—¿Y quién es ese Rousseau?

—Uno que escribió un libro sobre un pacto entre todos. Un contrato.

—¿Un contrato? —Sofía se incorporó en el asiento—. ¿Yo he firmado un contrato?

El padre arrancó el coche.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

—¿Y mientras lo miras, jugamos?

—Mientras lo miro, jugamos.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.4.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿yo he firmado un contrato?

Esa noche empezó por lo más fácil: qué es un contrato. Lo buscó en el diccionario de la Real Academia. Ponía: «pacto o convenio, oral o escrito, entre partes que se obligan sobre materia o cosa determinada, y a cuyo cumplimiento pueden ser compelidas».

Lo leyó despacio. Partes que se obligan. Las partes tienen que estar ahí, pensó, y tienen que decir que sí.

Lo leyó en voz alta sin darse cuenta, y Gea contestó desde el sofá, sin levantar la vista del libro:

—Como el contrato del piso. Que yo me lo leí entero, y tú firmaste donde te dijeron.

Él se rio. Era verdad, y no era la primera vez.

Luego buscó lo que dice la ley, porque en el taller él firma contratos: el del local, el del seguro, el de la furgoneta. El Código Civil lo dejaba claro: sin consentimiento, objeto y causa no hay contrato. Sin consentimiento. Lo subrayó en la hoja.

Después vino lo difícil: el contrato de Rousseau, el que según él habían hecho todos. Buscó dónde estaba firmado. En qué archivo, con qué fecha, con qué firmas. Y lo que encontró fue que no estaba en ningún sitio, y que eso no lo escondía nadie: lo decían los mismos que lo pensaron. El contrato social no es un papel. Es una idea para explicar por qué la gente obedece: que un día, antes de que hubiera leyes, las personas se pusieron de acuerdo para darle parte de su libertad a una autoridad común, y esa autoridad, a cambio, las protegería. Un pacto supuesto, no un hecho con fecha.

Un filósofo alemán lo dijo con todas las letras: el contrato no hay que suponerlo como un hecho; es «una mera idea de la razón».

Y otro, escocés, fue más lejos. Contó que casi todos los gobiernos de los que queda memoria nacieron de quitarle el poder a otro, o de conquistarlo, sin preguntarle a nadie. Y a los que decían que quien se queda en un país está de acuerdo con quien lo gobierna, les contestó con un ejemplo. El párrafo estaba en inglés. Se lo pidió traducido a Sofía IA, y luego lo comparó palabra por palabra con el original y con el diccionario. Esta vez estaba bien. Lo copió igual en la hoja, porque comprobado no es lo que dice la máquina, sino lo que uno ha leído:

«Lo mismo podríamos afirmar que un hombre, por quedarse en un barco, consiente libremente en el dominio del capitán, aunque lo subieron a bordo dormido, y tendría que saltar al océano y perecer en cuanto lo dejara».

El padre se echó hacia atrás en la silla. Ese era el ejemplo que necesitaba. No había que contarle a la niña quién era cada filósofo ni qué año era. Había que contarle el barco.

En «Comprobado» escribió: «Un contrato necesita que las partes digan que sí. El contrato social no lo firmó nadie: es una idea, y lo dijeron los que la pensaron».

Al día siguiente fue a buscarla a la piscina. Sofía salió con el pelo mojado y el gorro en la mano, y en el coche, antes de que él dijera nada, ya estaba hablando.

—Se lo he contado al de las gafas. Lo del contrato.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que su madre dice que, si vives en un sitio, es que estás de acuerdo con sus normas. Y que si no te gustan, te vas a otro.

El padre sonrió por dentro. Era lo mismo que habían dicho, hacía siglos, algunos señores muy serios.

—¿Y el contrato? —siguió ella—. ¿Lo he firmado o no?

—Tú no has firmado nada. Y yo tampoco.

—¿Y entonces?

—Un contrato es cuando os ponéis de acuerdo y decís que sí. Como cuando cambias cromos en el recreo: tú das uno, el otro te da otro, y estáis conformes.

—¿Y el contrato de ese Rousseau?

—Ese no es un papel. Es una idea. Unos señores que pensaban mucho se preguntaron por qué la gente obedece, y se imaginaron que, hace muchísimo tiempo, todos se habían puesto de acuerdo. Pero nadie firmó nada. Lo dicen ellos mismos.

Sofía se quedó pensando, con la frente pegada a la ventanilla.

—Te cuento lo que dijo otro —siguió él—. Imagínate que a un hombre lo suben a un barco mientras duerme. Se despierta en medio del mar. Y el capitán le dice: «Como no te has tirado al agua, estás de acuerdo en que yo mando».

—¡Pero si se tira, se ahoga!

—Eso mismo dijo él. Y se lo dijo a los que pensaban como la madre de tu amigo.

Sofía se rio, y luego dejó de reírse.

—Entonces es una mentira.

El padre tardó en contestar. Era la respuesta fácil, y era la que le pedía el cuerpo. Pero no era lo que había encontrado.

—No. Una idea que dice que es una idea no es una mentira. Lo raro es otra cosa: que a ti y a mí nos la cuenten como si la hubiéramos firmado.

—¿Y es buena o es mala?

—No te digo que sea buena ni mala. Te digo lo que es: una idea. Y ya está. Lo demás, cuando lo sepa.

Sofía asintió despacio, como cuando le cuadraba una resta.

—Pues yo lo veo muy fácil, papá. Yo estaba dormida en el barco.

Él la miró por el espejo. Lo había dicho en una frase. Le había costado varias noches y ella lo había dicho en una frase.

—La verdad siempre es sencilla y directa —dijo—. Lo difícil es encontrarla.

Llegaron al portal. Sofía subió la escalera contando los escalones, como siempre, y al llegar arriba se dio la vuelta.

—Papá, si nadie lo ha firmado, ¿por qué todo el mundo hace caso?

Él buscó las llaves en el bolsillo del mono. Era la pregunta que él mismo se hacía desde la noche de la carta.

—Esto aún no lo sé —dijo—. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 6.1.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 6 se guardó 10 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 115 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿por qué todo el mundo hace caso?

Esa noche no buscó una frase. Buscó una lista: qué cosas da por ciertas el Estado sin haberlas probado. Y la lista no se acababa.

Que la ley que escribe el Estado es la primera de todas. Que los poderes salen del pueblo y que el pueblo dijo que sí. Que hay un pacto que todos aceptamos. Que cada persona conoce todas las leyes, aunque cada día se publiquen más páginas de normas de las que nadie podría leer en un día. Que lo que hace la Administración es válido mientras uno no demuestre lo contrario. Que el dinero guardado conserva su valor. Que los que aún no han nacido están de acuerdo en pagar lo que hoy se debe. Que el Estado cumple lo que promete.

Las fue apuntando una debajo de otra, y al final vio que aquello no era una lista. Era un edificio. Cada cosa que se daba por cierta se apoyaba en la de debajo, de los cimientos al tejado. Las ordenó así, por plantas, y le salieron siete plantas.

Y en todas pasaba lo mismo. El Estado daba por cierto, sin haberlo probado, lo que más necesitaba. Y si alguien no estaba de acuerdo, era ese alguien quien tenía que probarlo.

Gea, camino de la cama, se paró detrás de él y leyó la hoja despacio, de los cimientos al tejado.

—¿Y eso cómo se lo dices a la niña?

Él se frotó los ojos. Madre mía, pensó. No podía contarle siete plantas, con sus leyes y sus artículos, a alguien que todavía hace restas llevando. Ni aunque quisiera. Tenía que darle la conclusión, en sus palabras, y con algo que ella conociera.

—Aún no lo sé —dijo.

—Pues hasta que lo sepas, no se lo digas. —Gea le apretó el hombro—. Y lo otro, lo de por qué hace caso la gente, es por miedo. Eso no hace falta ni buscarlo.

Se fue a dormir. Él se quedó con la otra mitad de la pregunta. No por qué el edificio estaba ahí, sino por qué nadie lo veía. Por qué todo el mundo hacía caso. Gea decía que por miedo, y él lo apuntó en «Lo que yo creo», con un interrogante.

La respuesta la encontró en un francés que escribió hace siglos sobre una cosa que llamaba la servidumbre voluntaria: obedecer sin que nadie te obligue. Decía que los que nacen así «se contentan con vivir como nacieron, y no piensan tener otro bien ni otro derecho que el que encontraron: toman por natural el estado en que nacieron». Y lo resumía en una línea: «la primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre».

No la fuerza. La costumbre. No haber conocido nunca otra cosa.

En «Lo que yo creo» tachó lo del miedo. Gea había dicho miedo, y no era eso lo primero. Por la mañana se lo contaría, y ella diría «pues mira», como cuando se equivocaba de calle y lo reconocía sin más.

En «Comprobado» escribió: «El Estado da por cierto, sin probarlo, lo que más necesita. Una cosa sola no tira el edificio; todas juntas impiden ver que no se sostiene. Y la costumbre hace el resto».

Al día siguiente llevó a Sofía a la piscina y se quedó mirándola desde la grada. Ella buceaba, salía, cogía aire y volvía a meterse. Al terminar se acercó con el gorro en la mano y una pregunta que no tenía nada que ver con nada.

—Papá, ¿los peces saben que están mojados?

Él se rio, y se le pasó enseguida.

—Yo creo que no. Han nacido en el agua y no han conocido otra cosa. Para ellos, el agua es como el aire.

—Qué pena.

—Pues mira, eso mismo es lo que te iba a contar. ¿Te acuerdas de lo que me preguntaste? Por qué todo el mundo hace caso.

—Si nadie ha firmado nada.

—Eso. He encontrado que el Estado da por hechas muchas cosas sin haberlas probado. Unas encima de otras, como los pisos de una casa. Y la gente hace caso porque nació dentro, igual que los peces. No es que nadie la obligue. Es que no ha conocido otra cosa.

Sofía se quedó pensando mientras se secaba el pelo con la toalla.

—Entonces yo ya no le hago caso a nadie.

—Eso no —dijo él, y se agachó para mirarla a los ojos—. Nunca confundas la libertad con el libertinaje.

—¿Con el qué?

—Con hacer lo que te dé la gana sin mirar a nadie. A tu madre le haces caso porque te quiere y lo sabes. Al socorrista le haces caso porque sabe nadar mejor que tú. Eso está bien. Lo que hay que saber es por qué haces caso. La pregunta no es si obedecer. La pregunta es si lo que te mandan se sostiene.

—¿Y cómo se sabe?

—Pidiendo la prueba. Como en el juego de las pistas.

Volvieron a casa andando. En la mesa de la cocina seguía la carta del primer día, la del escudo, debajo de la hoja de las tres columnas. Sofía la señaló con la barbilla.

—¿Y esa? ¿Tiene razón?

El padre cogió la carta. El plazo se acababa pronto.

—Lo que sé es que tiene un plazo, y los plazos se cumplen. Lo demás, aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.2, 5.4 y 5.5.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿qué es una presunción?

En el coche, camino del colegio, la radio dio la noticia de un robo en una joyería. «El presunto autor ha sido detenido», dijo el locutor, y pasó al tiempo.

—Papá, ¿qué es presunto?

—Que creen que ha sido él. Pero no está probado.

—¿Y entonces por qué lo detienen?

—Porque hay pistas. Pero hasta que se pruebe, no es culpable. Es presunto.

Sofía se quedó mirando por la ventanilla. En el semáforo se volvió hacia él.

—¿Y la carta? ¿La carta es presunta?

Él se rio. La carta seguía en la mesa de la cocina, debajo de la hoja de las tres columnas, con su plazo. Le había prometido mirarla.

—La carta tiene plazo, y la voy a mirar. Pero antes tengo que entender bien esa palabra. Me la encuentro por todas partes.

* * *

Esa noche no abrió la carta. Abrió la hoja y leyó lo que había escrito en «Comprobado» la noche de la piscina: «El Estado da por cierto, sin probarlo, lo que más necesita». Dar por cierto sin probar. Eso tenía un nombre, y quería saberlo bien antes de decírselo a la niña.

Encontró la palabra, y encontró también sus vecinas, las que se le parecen y no son lo mismo. Las apuntó en el margen, una debajo de otra, como los peldaños de una escalera, para no mezclarlas nunca:

«La verdad: lo que se comprueba con su fuente. La presunción: lo que se da por cierto sin haberlo probado; todavía no se sabe si es verdad o falso. Lo falso: lo que la norma o el dato demuestran que no es así. La mentira: lo falso dicho sabiendo que es falso».

La última le costó más. Encontró que el Evangelio ya le había puesto padre: del diablo dice que «es mentiroso, y padre de mentira». Y encontró también el cuidado que había que tener con ella. Para llamar mentira a algo hay que saber que el otro sabía que era falso, y eso es saber lo que hay en la cabeza de otro. Casi nunca se sabe. Se acordó de la cita que Sofía IA le había inventado la primera semana. No le había mentido: le había dado algo que sonaba bien. Era falso, pero no era mentira.

Luego vio que en las leyes la presunción es, además, una regla: la ley manda tener algo por cierto mientras no se pruebe lo contrario. Y con eso decide quién tiene que probar. Cada presunción reparte una carga, la de la prueba.

Había presunciones que protegían. La Constitución garantiza a todos «la presunción de inocencia», y el Tribunal Constitucional había dicho que la prueba le toca «a quien acusa, sin que nadie esté obligado a probar su propia inocencia». Esa era buena. Lo protegía a él, a Gea y a la niña.

Y había otra que lo dejó un rato con el lápiz parado. La ley dice: «La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento». Es decir, se presume que todo el mundo conoce todas las leyes. Buscó cuántas se publican, y encontró que solo en un año habían salido más de un millón de páginas entre el boletín del Estado y los de las comunidades.

Más de un millón de páginas. Él, que se leía entero el manual de cada coche nuevo que le entraba en el taller, no podría leerlas ni en toda su vida.

Frente a esa encontró una frase del Evangelio que parecía escrita para ella: «¡Ay de vosotros también, doctores de la ley! que cargáis á los hombres con cargas que no pueden llevar».

Pero buscó también lo que se le podía contestar, y lo apuntó al lado, porque era verdad: si bastara con decir «no lo sabía», nadie estaría obligado por ninguna ley. Las normas se publican, gratis y en español. Y no todo lo que se publica son normas: también hay nombramientos y anuncios. Publicar era verdad. Lo que no veía era que lo publicado se pudiera conocer.

En «Comprobado» copió la escalera de las palabras, con lo de la inocencia debajo, y una línea más: «Se presume que todos conocemos todas las leyes. Nadie puede».

Y en «Lo que yo creo»: «Que una presunción no es una mentira, pero tampoco es roca. Mientras nadie la pruebe, está sobre arena. A cada una hay que pedirle su piedra: una prueba, una ley más alta o un sí que alguien haya dado de verdad».

* * *

Por la mañana, el paquete de galletas estaba vacío en el armario. Sofía lo enseñó como quien enseña una prueba del delito.

—¡Alguien se ha comido las galletas!

El padre dejó la cafetera en el fuego y la miró muy serio.

—Se presume que has sido tú.

—¡Yo no he sido!

—Pues demuéstalo.

Sofía abrió la boca, la cerró y frunció el ceño, como cuando hacía restas llevando.

—Eso no vale. Que lo demuestre el que acusa.

Él se quedó con la taza a medio camino. Era lo que había dicho el tribunal, casi con las mismas palabras.

—Tienes razón. Eso se llama presunción de inocencia. Te protege a ti.

Gea entró en la cocina con la bata, el pelo recogido de cualquier manera, y vio el paquete.

—Ah. Esas me las comí yo anoche, mientras tú leías. Lo siento.

Sofía la señaló con el paquete.

—¡Papá me ha acusado a mí!

—Pues ya ves —dijo Gea, y se sirvió café—. A tu padre le pasa mucho.

Él se rio y aprovechó.

—Vamos a jugar a una cosa. Lo que yo dije, que habías sido tú, ¿qué era?

—Una presunción. No lo habías probado.

—¿Y ahora?

Sofía miró a su madre y luego el paquete vacío.

—Falso. Porque mamá lo ha dicho, y aquí está el paquete.

—¿Y si mamá hubiera dicho que no sabía nada?

—Mentira.

—¿Y cómo lo sabrías?

Sofía lo pensó un rato largo.

—No lo sabría. Igual se le había olvidado.

—Por eso a casi nada se le puede llamar mentira. Hay que saber lo que el otro tenía en la cabeza.

Gea, detrás de su taza, levantó una ceja, pero no dijo nada.

—Ahora te cuento una presunción de verdad, de las grandes —dijo él—. La ley da por hecho que todo el mundo se sabe todas las leyes. Si no te sabes una, te la aplican igual.

—¿Y cuántas hay?

—En un solo año se publican más de un millón de páginas.

—¿Tú te las has leído?

—Ni yo, ni tu madre, ni nadie.

—Pues es como si la señorita diera por hecho que me sé todos los libros de la biblioteca del cole, y me castigara por no saberme uno.

—Más o menos.

—¡Los que hicieron esa ley son unos tramposos!

—Eso no te lo digo yo. No hay buenos ni malos: hay quien ve más y quien ve menos. Yo miro la ley, no a ellos.

—Además, algo de razón tiene —dijo Gea—. Si bastara con decir que no lo sabías, nadie cumpliría nada.

—Eso también es verdad —dijo él—. Lo apunté anoche al lado. La ley tiene su razón. Lo que no tiene es piedra debajo: nadie puede saberse todo eso.

Sofía cogió la mochila y se quedó un momento en la puerta, mirando la mesa. La carta seguía allí, con su escudo.

—¿Y la carta qué es? ¿Verdad, presunción, falso o mentira?

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 0.4, 5.2, 5.4, 11.2 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 0 se guardó 27 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 27 citas comprobadas en su original; el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿la carta tiene razón?

Esa noche abrió la carta encima de la mesa y, por primera vez, la leyó entera. Le reclamaban un pago del taller. Tenía un plazo, un número de expediente y el artículo de una ley que él no conocía. Buscó la ley y la leyó. El artículo decía lo que decía la carta, ni más ni menos. Él seguía pensando que aquel pago no le tocaba, pero eso era lo que él creía.

Lo que no sabía era otra cosa: quién tenía que demostrar qué. Si la carta se equivocaba, ¿tenían que probarlo ellos o tenía que probarlo él?

Lo encontró en la ley del procedimiento administrativo. Los actos de la Administración, decía, «se presumirán válidos y producirán efectos desde la fecha en que se dicten». Y lo que anota un agente de la autoridad vale como prueba, salvo que uno demuestre lo contrario.

Se presumirán válidos. Otra vez la misma palabra. La carta valía desde el día en que la firmaron, tuviera razón o no. Y si no la tenía, era él quien debía probarlo.

Notó cómo le subía el calor por el cuello. Se levantó, fue hasta la ventana y respiró hondo, despacio, varias veces, hasta que el calor bajó. Luego volvió a la mesa. Enfadado no se diagnostica bien un motor.

Siguió leyendo, porque no quería quedarse solo con lo que le enfadaba. Y encontró lo que no encajaba con su enfado: sin esa presunción, ninguna administración podría funcionar, porque tendría que demostrar cada cosa antes de hacerla. Y la ley deja reclamar. Eso también era verdad, y lo apuntó.

En «Comprobado» escribió: «Lo que hace la Administración vale mientras no se demuestre lo contrario. El que no está de acuerdo, prueba. Tiene su razón: si no, no funcionaría nada. Y se puede reclamar».

Y en «Lo que yo creo»: «Que la balanza pesa más de un lado que del otro. El Estado se da por bueno a sí mismo, y a mí me pide pruebas».

* * *

Al día siguiente, Sofía hacía los deberes en la mesa de la cocina, con la lengua entre los dientes, y él preparaba la merienda.

—¿La carta tiene razón? —preguntó sin levantar la vista del cuaderno.

—Todavía no lo sé. Lo que sí sé es quién tiene que demostrarlo. Y no son ellos: soy yo.

Sofía levantó la vista.

—¿Por qué tú?

—Te pongo un ejemplo. Imagínate que la señorita escribe en tu agenda que no has hecho los deberes. Lo que pone la señorita vale, aunque tú los hayas hecho. Y si no es verdad, tienes que demostrarlo tú.

—¡Eso no es justo! Que lo demuestre ella.

—Algo de razón tiene la cosa —dijo él—. Si la señorita tuviera que demostrar cada cosa que escribe antes de escribirla, no daría clase. Y tú puedes ir y enseñarle el cuaderno.

Sofía lo pensó con el lápiz en la boca.

—Pero entonces la señorita siempre gana un poco.

Él no contestó enseguida. La niña lo había vuelto a decir mejor que él.

—Eso es lo que yo creo, sí. Que la balanza pesa más de un lado.

—¿Y qué vas a hacer? ¿No vas a pagar?

—Voy a hacer lo que dice la carta, dentro del plazo. Los plazos se cumplen. Y voy a pedir por escrito que me digan en qué se basa. Con educación y sin enfadarme.

—¿Y eso sirve de algo?

—Sirve para que quede escrito. Lo que queda escrito no se lo lleva el viento.

Por la noche escribió la carta. Le salió larga y con alguna palabra fea. Gea la leyó por encima de su hombro, con la taza en la mano, cogió el bolígrafo y tachó un adjetivo.

—Pon lo que pasó. Lo que tú piensas de ellos no hace falta.

Él volvió a leerla sin el adjetivo. Era mejor. La luz no juzga, pensó: ordena los hechos y los deja ahí, para que los vea cualquiera.

* * *

El sábado por la mañana, Sofía se fue con él al taller. Se subió al taburete alto de las herramientas finas y se puso a balancear las piernas, mirando cómo su padre desmontaba una rueda.

A media mañana entró el del furgón blanco. Se lo había llevado arreglado hacía semanas, y la factura seguía sin pagar.

—Ya sé lo que me vas a decir —dijo, con las manos en alto, antes de que el padre abriera la boca—. A final de mes, te lo juro. Este mes Hacienda me ha embargado la cuenta y voy justo.

—¿Te la han embargado?

—Sin juez ni nada. Un día miro el banco y me falta el dinero. —Se encogió de hombros—. Y mira, algo de lógica tiene. Si Hacienda tuviera que ir al juez por cada uno como yo, no cobraba nunca.

Se rio de sí mismo, le dio una palmada en el hombro y se fue.

Sofía dejó de balancear las piernas.

—Papá, ¿y por qué no vas tú a su casa y le coges el dinero?

—Porque no se puede. Si no me paga por las buenas, tengo que ir a un juez, y que el juez me dé la razón. Sin eso, nada.

—¿Y a él por qué se lo han quitado sin juez?

El padre se limpió las manos con el trapo, despacio.

—Eso es lo que dice él. Si es así, todavía no lo sé.

—¿Y a ti te lo pueden hacer?

—Esta noche lo miro.

Esa noche dejó la carta a un lado y buscó lo que había dicho el del furgón. Lo que dice un cliente en la puerta del taller es como lo que dice un periódico: te dice dónde mirar, no lo que hay.

Lo encontró en la misma ley de la otra noche. Lo que decide la Administración se cumple ya: sus actos «serán inmediatamente ejecutivos», y ella misma puede cobrárselos, sin pedirle antes permiso a ningún juez. Luego buscó lo suyo, lo de un taller al que no le pagan, y lo encontró en otra ley: «La acción ejecutiva deberá fundarse en un título que tenga aparejada ejecución». Le costó entenderlo. Quería decir que, para cobrar a la fuerza, él necesitaba antes un papel que lo permitiera: una sentencia, o algo que valiera como ella.

Así que no era verdad eso que daba por hecho tanta gente, y él el primero: que el Estado y el ciudadano se cobran con la misma vara. No era una presunción. Era falso, y lo decía la propia ley.

De la otra cara, una parte ya se la había dado el del furgón; el resto lo buscó él. Si la Administración tuviera que ir a un juez por cada cobro, no cobraría, y lo que cobra es para lo de todos. Y lo que hace se puede recurrir después ante un juez, y quien recurre puede parar el cobro si deja una garantía. Lo apuntó al lado. Era verdad.

Ya tarde, buscando otra cosa, dio con una ley muy antigua, del libro del Deuteronomio, sobre el que presta algo a su vecino: «Cuando dieres á tu prójimo alguna cosa prestada, no entrarás en su casa para tomarle prenda: Fuera estarás». Ni al que había prestado lo dejaban entrar en casa del otro a cobrarse.

En «Comprobado» escribió: «No nos cobramos con la misma vara. Yo, para cobrar a la fuerza, necesito un juez. La Administración, no: cobra primero, y el que no está de acuerdo recurre después. Tiene su razón: si no, no cobraría».

Y en «Lo que yo creo»: «Que lo que la ley de Dios no le deja hacer ni al que presta, el Estado se lo deja hacer a sí mismo».

* * *

Al día siguiente, en el desayuno, Sofía no se había olvidado.

—¿Te lo pueden hacer a ti? Lo del furgón.

—Sí. Si no pago lo que me toca, ellos se lo pueden cobrar solos. Por eso los plazos se cumplen.

—¿Y eso es justo?

Él untó la tostada antes de contestar.

—Tiene su parte de razón y su parte que no. Si tuvieran que ir al juez por cada uno, no cobrarían nunca. Pero a mí me piden un juez, y a ellos no.

—Entonces, ¿quién tiene razón?

—Mira, hija. La virtud está en el centro, entre los extremos. Por eso yo apunto siempre lo que me duele y, al lado, lo que se me puede contestar. Si solo apunto lo que me duele, la balanza la inclino yo.

Sofía se bajó de la silla y se fue a su cuarto sin decir nada. Volvió con su hucha, la de cerámica, y la dejó encima de la carta.

—Para que pagues. Que no te quiten el dinero.

Al padre se le hizo un nudo en la garganta.

—Guárdala, anda. Eso es tuyo.

Sofía agitó la hucha junto a la oreja, escuchando las monedas.

—La abuela dice que antes, con una moneda de estas, se compraban muchas más cosas. ¿Por qué? Papá, ¿mi hucha pierde dinero?

Él cogió la hucha y la volvió a poner en sus manos.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.1, 5.2, 5.4 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿mi hucha pierde dinero?

La pregunta de la hucha tuvo que esperar al sábado siguiente. Por la tarde fueron los tres a la compra, como cada fin de semana: Gea con la lista, él con el carro y Sofía con la hucha debajo del brazo, por si acaso.

En el puesto de la fruta, Gea cogió una bolsa de mandarinas, miró el cartel y la volvió a dejar en su sitio.

—Otra vez más caras.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Porque la compra la hago yo.

Y cogió unas pocas, sueltas.

En la papelería, Sofía quiso pagar unos rotuladores con sus monedas. Las fue poniendo en el mostrador, una por una, con la lengua entre los dientes. No le llegaba. Gea puso lo que faltaba sin decir nada, y la dependienta hizo como que no lo había visto.

De vuelta, en el coche, Sofía iba callada, abrazada a la hucha.

—Mamá, ¿antes llegaba?

—Antes llegaba para más cosas —dijo Gea—. Eso lo dice tu abuela, y lo digo yo, que hago la compra.

El padre no dijo nada. Lo que Gea sabía por el carro de la compra, él lo tenía que comprobar en los papeles.

Esa noche le preguntó a Sofía IA cuánto valor había perdido el dinero guardado desde antes de que él naciera.

Sofía IA: Desde 1971, el dinero ha perdido más o menos la mitad de su valor.

La mitad. Lo dijo tan tranquila. Él le pidió de dónde salía la cifra, y la respuesta fue una frase más larga que la primera, sin ningún sitio donde mirar.

Así que fue a buscar los precios de verdad. El Instituto Nacional de Estadística publica cuánto suben cada año, desde hace décadas. Los copió en una hoja, año por año, y los fue multiplicando con la calculadora del taller, uno detrás de otro, como quien suma los tornillos de un pedido. Tardó. Se equivocó en una fila, volvió atrás y la rehízo.

Cuando terminó, se quedó mirando el resultado. No era la mitad. Cien euros guardados en 1971 compraban hoy lo que entonces costaba menos de cuatro.

Le escribió a Sofía IA: «No es la mitad. Es casi todo».

Sofía IA: Tienes razón. Te di una cifra de memoria, sin hacer la cuenta.

Siguió leyendo, porque quería saber por qué. Y lo que encontró le dio la vuelta a la frase de la abuela. No es que las cosas valgan más: es que la moneda vale menos. El ahorro pierde valor sin que nadie lo vote. Y encontró algo más, que le hizo dejar el lápiz en la mesa: lo que pierde el que ahorra lo gana, en buena parte, el que debe. Y el que más debe en el país es el Estado. Cuando el dinero vale menos, lo que debe también vale menos.

En «Comprobado» escribió: «Cien euros de 1971 compran hoy lo que entonces menos de cuatro. Lo que pierde el que ahorra lo gana, en buena parte, el que debe».

Y debajo, en «Lo que yo creo», una línea que le salió sola: «El dinero que uno guarda son horas de trabajo. Si el dinero pierde valor, se pierden horas de vida».

El lunes, a la salida del colegio, Sofía se llevó la hucha al taller. La puso en el banco, entre las llaves, y se sentó en el taburete alto a esperar.

—¿Y bien?

—Tu hucha no pierde monedas —dijo él—. Las monedas siguen ahí. Lo que pierden es fuerza.

—¿Fuerza?

—Imagínate que ahorras para una bici. Metes monedas, metes monedas, y cuando por fin tienes lo que costaba, vas a la tienda y la bici ya cuesta más. No es que la bici sea mejor. Es que tus monedas compren menos.

Sofía frunció el ceño.

—¿Y eso quién lo decide?

—Nadie lo vota. Pasa.

—¿Y a quién le viene bien?

Él se limpió las manos con el trapo. A veces la niña iba directa al tornillo que había que mirar.

—Al que debe dinero. Si tú le debes a alguien unas monedas y las monedas valen menos, lo que debes también vale menos. Y el que más debe es el Estado.

Sofía miró la hucha un buen rato.

—Entonces no ahorro.

—Ahorra si quieres. Pero sabiendo lo que pasa, no creyendo que se queda quieto. Y te digo una cosa que sí sé: lo único que vale de verdad es el tiempo de vida. Lo que hay en la hucha sube y baja. El tiempo que pasas con tu madre, o aquí conmigo, ese no lo baja nadie.

Sofía bajó del taburete y le dio un abrazo, con hucha y todo, y se le quedó la camiseta manchada de grasa.

Por la tarde, en el coche, la niña volvió a la carga.

—Papá, si el Estado debe tanto, ¿quién lo va a pagar?

—Los que vengan detrás, supongo.

—¿Yo?

El padre la miró por el espejo. Ahí no había respuesta corta que valiera.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.2 y 8.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 8 se guardó 24 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 74 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿quién hace el dinero?

Esa noche se sentó a buscar quién iba a pagar lo que debe el Estado, y no pasó de la primera línea. Para saber quién paga una deuda, antes hay que saber con qué se paga. Y él, que cobraba y pagaba facturas desde que abrió el taller, que tocaba dinero todos los días, no sabía de dónde salía. Lo apuntó en «Aún no lo sé» y apagó la luz.

Al día siguiente, a la vuelta de la piscina, pararon en el cajero de la esquina. Sofía, con el pelo todavía mojado, se puso de puntillas para oír cómo la máquina contaba los billetes por dentro antes de sacarlos por la ranura.

—Papá, ¿quién hace el dinero?

—El Estado —dijo él, mientras guardaba los billetes—. Lo imprime.

—¿Y cuando no le llega, imprime más?

Se quedó con la cartera abierta. Lo había dicho sin pensar, como quien dice que el agua moja. Era lo que había oído toda la vida, y nunca lo había mirado.

—Te acabo de decir una cosa que no he comprobado —dijo—. Esa no vale.

Sofía sonrió, contenta: le gustaba pillarlo.

—Pues apúntala en «No lo sé».

* * *

Esa noche se lo preguntó primero a Sofía IA, por ir más deprisa.

Sofía IA: El dinero lo emite el banco central. Los bancos prestan a unos clientes el dinero que han depositado otros: lo que unos ahorran, otros lo piden prestado.

Sonaba bien. Sonaba a libro de texto. Le pidió de dónde salía.

Sofía IA: Es lo que explican los manuales de economía.

Le escribió: «¿Qué manual? ¿Qué página?».

Sofía IA: No tengo el original. Te he dado lo que se suele explicar.

Así que fue a buscar a quien tenía que saberlo. Encontró un artículo del propio Banco de Inglaterra, el regulador del dinero en aquel país. Estaba en inglés, y lo fue sacando frase a frase con el diccionario, como hacía con los manuales de los coches de fuera. El artículo, decía

al empezar, «explica cómo la mayor parte del dinero de la economía moderna lo crean los bancos comerciales al conceder préstamos».

Lo leyó despacio, por si lo había entendido mal. Más abajo lo explicaba: «cada vez que un banco concede un préstamo, crea a la vez un depósito equivalente en la cuenta del prestatario, y con ello crea dinero nuevo». No prestaban lo que otros habían ahorrado. Al prestar, lo hacían. Y el propio banco avisaba de que eso era «al revés de la secuencia que suelen describir los manuales».

Al revés de los manuales. Justo lo que Sofía IA le había dado por cierto.

Le escribió: «Lo que me dijiste es lo que dicen los manuales. El banco dice que es al revés».

Sofía IA: Tienes razón. Te repetí lo que se suele explicar, sin la fuente.

Buscó también lo que no encajaba, porque no quería quedarse solo con lo que le sorprendía. Los billetes y las monedas sí son de lo público. La ley lo dice así: «Los billetes y monedas denominados en euros serán los únicos de curso legal en el territorio nacional». Eso es lo que vale por ley en la calle. Y el banco que contaba lo de los préstamos no lo escondía: lo publicaba él mismo, para quien quisiera leerlo. Lo apuntó al lado.

Así que lo que él había dicho en el cajero, lo que dice casi todo el mundo, no era verdad. Los billetes, sí. La mayor parte del dinero, no: esa la hacen los bancos al prestar.

Entre una cosa y otra se tropezó con una palabra que le salía en todos los papeles: inflación. Creía saber lo que era, que suben los precios. Pero esa noche ya no se fiaba de lo que creía saber, y la buscó.

El diccionario de hoy dice eso: «Elevación del nivel general de precios». Pero en uno de la Academia de 1914, «inflación» solo era «Acción y efecto de inflar» y, en sentido figurado, «Engreimiento y vanidad». Y en uno inglés del año anterior la palabra ya era de dinero, pero de otra manera: «expansión o aumento indebido, por emisión excesiva; dicho de la moneda». Antes, la palabra nombraba la causa: el dinero que se hace de más. Hoy nombra lo que se ve después: los precios.

Y alguien lo había visto mucho antes que los diccionarios. En España, en 1609, un autor escribió contra la Corona, que rebajaba el valor de la moneda para tener más ingresos, y llamó a eso «maneras disfrazadas de ponerles gravezas y tributos». Tributos que nadie votaba. Era lo mismo que había encontrado con la hucha de Sofía, dicho hacía siglos.

Ya tarde, antes de acostarse, dio con un versículo de Isaías que parecía escrito para los precios: «Tu plata se ha tornado escorias, tu vino mezclado está con agua».

En «Comprobado» escribió: «La mayor parte del dinero la hacen los bancos al prestar: lo dice el propio regulador. Los billetes y las monedas son de lo público. “Inflación” nombraba antes la causa, el dinero de más; hoy nombra lo que se ve, los precios».

Y en «Lo que yo creo»: «Que si a una cosa le cambias el nombre, la gente mira a otro sitio. Con el nombre del efecto se mira a los precios, y no a quien hace el dinero».

* * *

A mediodía, mientras Sofía doblaba las servilletas en triángulo, él se lo dijo antes de que preguntara.

—Lo del cajero. Te dije que el dinero lo hace el Estado, y me equivoqué.

—¡Lo sabía! —Sofía dejó una servilleta a medio doblar—. ¿Quién lo hace, entonces?

—Los billetes y las monedas, sí, los hace lo público. Pero eso es la parte pequeña. La mayor parte la hacen los bancos cuando prestan.

—¿Con qué dinero?

—Con ninguno. Al prestar, lo hacen. Mira, como con los cromos. Imagínate que en el recreo hay alguien de quien todos se fían, y cuando le pides cromos, no te da cromos: apunta en su libreta «Sofía tiene cromos». Y todos aceptan lo de la libreta como si fueran cromos de verdad. Tú los cambias, los usas, y al final se los tienes que devolver.

Sofía lo pensó con una servilleta en la mano.

—Eso es hacer trampa.

—Eso no te lo digo yo. Es como funciona, y lo cuenta el propio banco. Si está bien o mal, eso aún no lo sé.

—¿Y la inflación? La señorita dice que hay inflación y que por eso todo está más caro.

—Ahora viene lo bueno. ¿Sabes qué quería decir antes esa palabra, en un diccionario de 1914? Inflar. Y también engreimiento y vanidad.

Sofía se rio con la boca llena de pan.

—¿Los precios son vanidosos?

—Los precios no. La palabra era de inflar: meter dinero de más, como aire en un globo. Luego cambió, y hoy quiere decir que suben los precios.

Gea, que libraba ese día y estaba cortando el pan, levantó el cuchillo.

—Pues hoy quiere decir eso, y es lo que yo veo en el carro. Las palabras cambian, y la gente la usa así. No es ningún engaño.

—Eso es verdad —dijo él—. Hoy el diccionario dice eso, y está bien dicho. Lo que yo creo es otra cosa: que antes, con esa palabra, uno miraba al que hacía el dinero de más. Y ahora mira al de la tienda.

Sofía cogió la jarra del zumo y la miró al trasluz.

—Es como cuando la abuela le echa agua al zumo para que llegue para todos. Hay más, pero sabe menos.

El padre dejó el pan en la mesa. Él lo había leído en Isaías la noche anterior, y la niña lo había dicho sin leerlo.

—¿Y mis monedas? ¿Mañana valdrán menos todavía?

—Mañana está muy lejos, hija. Solo existe el hoy. Y hoy sabes una cosa que ayer no sabías.

Sofía terminó de doblar las servilletas. Con la última en la mano se volvió hacia él, muy seria.

—Pues ahora que sé quién hace el dinero, me tienes que contar lo otro. Me lo prometiste en el coche. ¿Quién va a pagar lo que se debe?

—Ahora sí. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.1, 5.2, 8.1 y 8.2.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 8 se guardó 24 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 74 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿quién va a pagar lo que se debe?

Esa noche buscó cuánto debe el Estado, y lo encontró enseguida, porque lo publican. Lo difícil fue entenderlo.

La deuda llegaba a una cifra que él no había escrito nunca en un presupuesto: billones. Un billón es un millón de millones. Y además estaban las pensiones que ya se han prometido, que no cuentan en esa deuda y que, sumadas, eran varias veces más.

Probó a hacerse una idea con el lápiz. Si alguien se pusiera a contar esa deuda de euro en euro, uno cada segundo, sin dormir ni comer, no acabaría en toda su vida. Ni sus hijos. Ni los hijos de sus hijos. Dejó el lápiz. Era tanto que no cabía en una noche, ni en una hoja, ni en la cabeza de una niña.

Pero no era la cifra lo que tenía que contarle. Era otra cosa, más pequeña y más seria: quién la iba a pagar. Y eso estaba claro. Se presume que los que vienen detrás aceptan pagar lo que hoy se debe. Y los que vienen detrás no han votado nada. Muchos no han nacido todavía.

Siguió leyendo, para no quedarse solo con lo que le asustaba. Y anotó también lo que no encajaba: las pensiones prometidas no son una deuda que haya que pagar mañana. Es lo que costarán, contado de golpe, a lo largo de muchos años. Eso también era verdad.

En «Comprobado» escribió: «Lo que hoy se debe lo pagarán los que vengan. Ellos no han votado nada. Se da por hecho que están de acuerdo».

Gea llegó tarde del trabajo, cansada, y se sentó a cenar en la cocina, con el plato que le había guardado. Leyó la línea nueva mientras comía.

—¿Los que vengan? ¿Como Sofía?

—Como Sofía.

Gea dejó el tenedor en el plato.

—Pues eso no se lo cuentes de golpe, que luego no duerme. Cuéntaselo como le cuentas lo de los coches. Por partes.

Él asintió. Tenía razón, y lo sabía.

* * *

A la salida del colegio, camino de casa, pasaron por delante del taller de chapa de la otra calle. Tenía la persiana bajada desde el verano y un papel pegado, ya amarillo, con un sello.

—¿Por qué está siempre cerrado? —preguntó Sofía.

—Porque el dueño debía más de lo que podía pagar. Cuando pasa eso, va un juez, mira lo que queda y lo reparte entre los que esperaban cobrar. Y se cierra.

Sofía se quedó mirando el papel del sello.

—¿Y al Estado le puede pasar? Con todo lo que debe.

Él no lo sabía. Iba a decir que sí, que a todo el mundo le puede pasar, y se calló a tiempo: todavía se acordaba de lo del cajero.

—Esta noche lo miro.

Esa noche lo buscó en la ley de las quiebras, y lo encontró en el primer artículo, como si hubieran querido dejarlo claro desde el principio: «Las entidades que integran la organización territorial del Estado, los organismos públicos y demás entes de derecho público no podrán ser declarados en concurso». Concurso es como llama la ley a la quiebra. Al taller de la otra calle, sí. Al Estado, no.

Luego hizo lo que hacía cuando un cliente le discutía una factura: antes de contestarle, se puso en su sitio. Un Estado no se puede cerrar como un taller: presta servicios que no pueden parar, y como cobra impuestos, siempre puede pagar. Y sus cuentas las examina un tribunal, el de Cuentas, que publica lo que encuentra. Lo apuntó al lado. Eso también era verdad.

Luego encontró la otra cosa, en la Constitución misma. Cuando no llega para todo, lo primero que se paga es la deuda: su pago «gozará de prioridad absoluta». Ningún otro gasto tiene esa frase en la Constitución. Ni los colegios, ni los hospitales, ni las pensiones.

En los Proverbios encontró una línea que lo decía más corto: «el que toma prestado, siervo es del que empresta». Y en el Evangelio, el amo le dice a su administrador: «Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo».

En «Comprobado» escribió: «Al Estado no se le puede declarar en quiebra: lo dice su propia ley. Y su deuda se paga antes que nada: lo dice la Constitución. Tiene su razón: un Estado no se cierra como un taller».

Y en «Lo que yo creo»: «Que quien no puede quebrar tampoco tiene que dar cuentas como un deudor. Y que el que debe tanto no es libre del todo».

* * *

En el desayuno se lo contó por partes, como le había dicho Gea.

—¿Te acuerdas del taller de chapa? Al Estado no le puede pasar. Su ley no lo deja.

—¿Porque las leyes las hace él?

Él dejó la taza en el plato.

—Eso lo has dicho tú, no yo. Pero sí, esa ley la escribe él.

—¿Y qué más?

—Que cuando no llega para todo, lo primero que paga es lo que debe. Antes que lo demás. Imagínate que en casa, un mes que no llegara, lo primero no fuera la comida ni la luz, sino el que nos prestó.

—¿Antes que la comida?

Gea, que se estaba haciendo la coleta delante del espejo del pasillo, asomó la cabeza.

—Hombre, también tiene su lógica. Si no le pagas al que te presta, la próxima vez te presta más caro. O no te presta.

—Eso también es verdad —dijo él—. Lo apunté anoche al lado.

Sofía removi6 la leche con la cuchara, despacio.

—Entonces el que presta siempre gana.

—Eso no lo sé. Lo que sé es lo que dice un libro muy antiguo: que el que toma prestado es siervo del que presta.

—¿Siervo es como esclavo?

—Parecido. Alguien que no es libre del todo.

Sofía se terminó la leche sin decir nada más. Pero al salir hacia el colegio, en la escalera, fue contando los escalones en voz baja, como hacía cuando algo le daba vueltas.

* * *

Al día siguiente, Sofía le cogió la cartera mientras él fregaba, como hacía a veces para mirar las fotos. Sacó el carné de identidad y leyó en voz alta, despacio, como en clase.

—Veintinueve de marzo de 1972. ¿Y a qué hora naciste?

—A las nueve y media de la noche. Lo dice tu abuela, que no se le ha olvidado nunca.

—Eras un bebé.

—Era un bebé, y no sabía nada de nada. Como tú cuando naciste.

Sofía dejó el carné en la mesa.

—¿Y quién va a pagar lo que se debe?

Él se secó las manos. No le iba a dar la cifra. Le iba a dar lo que significaba.

—Los que vengan detrás. Tú, cuando seas mayor. Y los que todavía no han nacido.

—¿Yo? ¡Pero si yo no he gastado nada!

—Ya lo sé.

—¿Y cuánto es?

—Tanto que, si lo contaras de euro en euro, uno cada segundo, no acabarías en toda tu vida.

Sofía abrió mucho los ojos. Luego se le arrugó la cara, como cuando se le cae algo que no tiene arreglo.

—Me da miedo.

El padre se sentó a su lado.

—Escúchame. La duda es el nido del miedo. Lo que no sabes, te asusta más que lo que sabes. Así que vamos a mirarlo por partes, como un motor. ¿Lo tienes que pagar mañana?

—No.

—¿Lo tienes que pagar tú sola?

—No.

—¿Puedes aprender cómo funciona, para que no te lo cuenten mal?

—Sí.

—Pues ya es más pequeño.

Sofía se sorbió la nariz y asintió. Se quedó un rato pensando, con la barbilla apoyada en la mesa.

—Pero no es justo que lo paguen los que no han nacido.

—Eso es lo que yo creo también.

—¿Y la Constitución no dice nada? La señorita dice que la Constitución promete muchas cosas a la gente. Una casa, un trabajo, que te cuiden cuando eres mayor.

—Algo de eso dice, sí.

—¿Y lo cumple? Papá, ¿el Estado cumple lo que promete?

Él miró la hoja de las tres columnas, llena ya hasta el borde, sujeta con el salero.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.1, 5.2 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿el Estado cumple lo que promete?

Esta vez no fue una noche. Fueron muchas.

Abrió la Constitución y se puso a buscar, uno por uno, los artículos que tienen que ver con la gente, con el bien de todos. Una vivienda digna. Un trabajo. Que te cuiden cuando eres mayor. Que protejan a la familia. Y para cada uno buscó lo mismo que busca en un coche cuando el cliente dice que ya está arreglado: si funciona o no funciona. No lo que dice el papel, sino lo que pasa.

Fue lento. Algunos artículos tenían detrás una ley; otros, solo una frase bonita. Algunos se cumplían. Muchos no. Llegó un momento en que la hoja de las tres columnas ya no le servía, y tuvo que hacer una tabla en la libreta del taller, con una fila por artículo.

Cuando terminó, contó. De los artículos que afectan a la gente, más de seis de cada diez no se cumplen. Y luego contó los otros, los que organizan a los que mandan: cómo se eligen, cómo se reparten el poder. Ahí, menos de tres de cada diez. Lo que toca a la gente se incumple más del doble que lo que organiza el poder.

Lo apuntó tal cual en «Comprobado», con su porqué al lado. Y apuntó también lo que no encajaba con su enfado: que hay artículos que sí se cumplen, y que algunos están todavía por ver.

* * *

Una de aquellas tardes, en el coche, Sofía traía una noticia del recreo.

—El de las gafas dice que su primo no encuentra piso, que están todos carísimos. Y que su padre dice que da igual, que la Constitución dice que tienes derecho a una casa, y que si no te la dan, vas al juez y te la tienen que dar.

—¿Eso dice su padre?

—Eso. Y que si el Estado te quita un derecho, hay un tribunal que te ampara. Que para eso está.

El padre puso el intermitente. Había pasado por el artículo de la vivienda esa misma semana, y no se había parado en él.

—Lo tengo apuntado. Déjame mirarlo bien.

Esa noche volvió a él. Decía lo mismo que el padre del de las gafas: «Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada». Pero unos artículos más allá había otra frase, que lo cambiaba todo. Esos derechos, el de la vivienda y otros parecidos, «Sólo podrán ser alegados ante la Jurisdicción ordinaria de acuerdo con lo que dispongan las leyes que los desarrollen». Es decir: con la Constitución en la mano no se va al juez a pedir una casa. Hace falta una ley que diga cómo, y lo que esa ley diga es lo que se puede pedir. La Constitución lo llama derecho, pero es un encargo a los que hacen las leyes.

Lo del tribunal que ampara también existía, y también lo buscó: el recurso de amparo, ante el Tribunal Constitucional. Encontró la memoria del propio tribunal de un año entero. De los recursos que le llegaron, que fueron miles, no admitió ni uno de cada cien.

La otra cara no tuvo que buscarla: se la dio Gea, cuando él se lo leyó en voz alta en la cocina.

—Hombre, una casa para cada uno no se saca de debajo de una piedra. Hay que hacerla, y eso cuesta. Por eso lo dejan en manos de las leyes, que dirán cómo y cuándo.

Era lo mismo que contestaba la otra parte en todo lo que había leído, dicho más corto: que esos derechos son un encargo a los que hacen las leyes, que dependen de lo que haya, y que algunos se cumplen. Hay sanidad para todos, y una pensión que, comparada con la de otros países, es de las altas. Lo apuntó al lado.

Antes de cerrar la libreta dio con una frase de Santiago que parecía escrita para las promesas: «Así también la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma».

En «Comprobado» escribió: «La Constitución llama derecho a la vivienda, pero no se puede pedir al juez sin una ley que diga cómo. Y el tribunal que ampara, de cada cien que llaman a su puerta, abre a menos de uno».

Y en «Lo que yo creo»: «Que lo que no se puede reclamar es una promesa, no un derecho».

* * *

Al día siguiente se lo contó a Sofía mientras ponían la mesa. Ella colocaba los tenedores como si fueran soldados.

—¿Cumple o no cumple?

—De cada diez artículos de la Constitución que tienen que ver con la gente, más de seis no se cumplen.

Sofía dejó un tenedor en el aire.

—¿Más de la mitad?

—Más de la mitad.

—Pero está escrito muy bonito. La señorita nos lo leyó.

—Está escrito muy bonito, sí.

—¿Y lo de la casa? Lo del primo del de las gafas.

—Está escrito como un derecho. Pero solo se puede pedir al juez cuando haya una ley que diga cómo. Es como si en el cole os dijeran que tenéis derecho a recreo, pero solo cuando alguien escriba en qué patio y a qué hora. Y mientras nadie lo escribe, a clase.

—¿Y el tribunal que ampara?

—Existe. Pero de cada cien que le piden ayuda, no llega a uno al que le abre la puerta.

—Pues yo me lo creo igual —dijo ella, y siguió con los tenedores—. Porque lo prometieron.

El padre se sentó en la silla de la cocina. Le iba a contar una cosa que no le había contado nunca.

—Mira. Imagínate que en el colegio os dicen que, si os portáis bien, os van a dar una pelota nueva. Y tú te portas bien. Mucho tiempo. Y la pelota no llega. ¿Seguirías creyendo que te la van a dar?

—Sí. Porque lo prometieron.

—Eso me pasó a mí una vez.

Sofía se volvió.

—¿Con una pelota?

—Con una persona. Antes de conocer a tu madre. Conocí a una mujer con la que creía que tenía muchas cosas en común. Me hacía reír, me sentía a gusto, todo parecía que iba a ser de una manera. Y yo me ilusioné. Me monté castillos en el aire.

—¿Y qué pasó?

—Que una mañana desapareció. Se fue con otro, sin decirme nada. Y yo no entendía nada. Me quedé esperando la pelota.

Sofía se acercó despacio y se sentó en el borde de la silla de al lado.

—¿Y qué hiciste?

—Tu tío, mi hermano, me dijo una cosa que no se me ha olvidado nunca: «Hazle caso al hecho, y acéptalo. Esa persona va saltando de flor en flor. Si no lo asumes, te vas a dar un golpe muy grande». Y tenía razón. Yo me creía lo que quería creer, no lo que estaba pasando.

—¿Y te diste el golpe?

—Un poco. Pero menos, porque le hice caso.

Sofía se quedó mirando el mantel.

—¿Y luego conociste a mamá?

—Luego conocí a tu madre. Y con ella, lo que dice y lo que hace es lo mismo. Por eso me fío.

Ella sonrió sin querer, y luego se puso seria.

—Entonces la Constitución es como aquella mujer.

—No. No es una persona, y no le voy a poner cara a nadie. Lo que te digo es otra cosa, y es lo que yo creo: lo que alguien quiere de verdad se mide por lo que hace, no por lo que dice. Las intenciones se miden por el resultado. Lo demás es cuento.

—Por la pelota.

—Por la pelota.

Gea, que ese día entraba más tarde a trabajar, llegó en ese momento con el pan, vio al padre y a la hija sentados, con la mesa a medio poner, y no preguntó nada. Dejó el pan, le dio un beso a la niña en el pelo y otro a él en la frente.

Mientras comían, Sofía estuvo callada. Al final, con la cuchara en la mano, preguntó:

—Papá, si no cumple lo que promete, ¿por qué manda? ¿Quién le dio el poder al primer Estado?

Él la miró. Ya no le sorprendía. Cada pregunta de la niña le mandaba un poco más atrás.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.1, 5.2, 7.4 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 7 se guardó 18 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 56 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿de dónde sale la pensión de la abuela?

La pregunta del primer Estado tuvo que esperar. El domingo comieron en casa de la abuela, la madre de él, en su piso pequeño de la mesa camilla y las fotos de todos encima del aparador.

Antes del postre, la abuela sacó una carta del cajón y se la puso delante a su hijo, con las gafas en la punta de la nariz. Era de la Seguridad Social: le decían cuánto le subían la pensión.

—Lo mío —dijo, dando golpecitos en el papel con el dedo—. Lo que yo he puesto toda la vida. Ni un duro regalado.

—¿Y dónde lo tenían guardado, abuela? —preguntó Sofía.

—En la hucha de las pensiones, hija. Donde va a estar. Lo que una cotiza se lo guardan para cuando es mayor.

Él no dijo nada. Era lo mismo que había creído siempre, y no lo había mirado nunca. No iba a discutirle a su madre una cosa que no había comprobado. Gea lo miró por encima de la fuente de las natillas, y él negó despacio con la cabeza: ahora no.

En el coche, de vuelta, Sofía iba pensando con la frente pegada a la ventanilla.

—Papá, ¿de dónde sale la pensión de la abuela? ¿La tienen en una hucha, como la mía?

—Eso decía ella.

—¿Y es verdad?

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

* * *

Esa noche buscó la ley de la Seguridad Social, y lo encontró pronto, en una frase seca: «El sistema financiero de todos los regímenes que integran el sistema de la Seguridad Social será el de reparto».

De reparto. Lo que se paga hoy reparte las pensiones de hoy. Lo que él y Gea pagaban cada mes no se guardaba para cuando fueran mayores: pagaba la pensión de la abuela, y la de todos los abuelos de ahora. Y lo que la abuela había pagado toda su vida no estaba en ningún sitio esperándola: había pagado las pensiones de los mayores de entonces. No era una hucha. Era una cadena.

La hucha existía, eso sí. La ley la manda invertir en títulos públicos, y el informe a las Cortes lo decía claro: hoy «está compuesta, exclusivamente, por deuda pública española». La hucha de las pensiones no guardaba dinero: guardaba papeles en los que el propio Estado prometía devolverlo. En el comité que decide dónde se pone se sienta el director general del Tesoro. Y en los últimos años había ganado mucho menos de lo que subían los precios. Como la hucha de Sofía, perdía fuerza.

Antes de dar nada por bueno, miró la cuenta desde el otro lado, el de quien paga las pensiones, y desde allí había respuesta, y era seria. La pensión depende de lo que uno cotizó y de los años que cotizó: en eso, la abuela tenía razón. El Estado la garantiza, y la Constitución manda que las pensiones sean «adecuadas y periódicamente actualizadas»: la carta de la abuela era eso. La hucha es un colchón para los años malos, no un ahorro de cada uno, y se usó para lo que se hizo, para pagar pensiones. Y los papeles del Estado son de lo más seguro que hay. Lo apuntó todo al lado.

Encontró también que lo que en las cuentas se llama vejez no son solo pensiones como la de la abuela: van juntas las de los funcionarios del Estado, que salen de los presupuestos, y lo que cuesta la maquinaria de pagarlas. Y apuntó enseguida que, de lo que se gasta en protección social, casi todo llega a la gente: de cada diez euros, nueve son prestaciones.

Antes de apagar la luz buscó lo que dice la ley de Dios de lo que a uno le confían. Del que retuvo un depósito, el Levítico dice que «lo restituirá, pues, por entero, y añadirá á ello la quinta parte». Y unas páginas más allá encontró otra que se quedó mirando un rato, pensando en la carta de la mesa camilla: «Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano».

En «Comprobado» escribió: «La pensión de la abuela la pagan los que trabajan hoy: el sistema es de reparto. Lo que ella pagó, pagó las pensiones de su tiempo. La hucha de las pensiones guarda deuda del propio Estado, y ha ganado menos de lo que subían los precios. La pensión depende de lo cotizado, y el Estado la garantiza».

Y en «Lo que yo creo»: «Que la palabra “hucha” hace creer una cosa que no es. Y que lo que se confía hay que devolverlo entero».

* * *

El miércoles, en el patio del colegio, mientras esperaba a que saliera Sofía, vio a un grupo de niñas jugando a la comba. Las de los extremos daban a la cuerda y las demás saltaban, por turnos. Cuando a una le tocaba salir, se ponía a dar a la cuerda, y la que daba entraba a saltar.

En el coche se lo explicó así.

—¿Has visto la comba? Las que saltan ahora son las que antes daban a la cuerda. Y las que dan a la cuerda ahora saltarán después. La pensión de la abuela es eso. Ella dio a la cuerda toda su vida, para los mayores de su tiempo. Ahora salta, y la cuerda se la damos tu madre y yo, y todos los que trabajan.

—Entonces no está en una hucha.

—No. Está en la cuerda. Y en los que la mueven.

Sofía lo pensó un rato largo.

—¿Y si cada vez hay menos niñas para dar a la cuerda?

Él la miró por el espejo. Nacían cada vez menos niños, y eso estaba en los papeles. La niña había llegado sola al sitio donde la cosa se ponía seria.

—Eso es lo que hay que mirar con cuidado. Por eso es importante saber que es una cuerda, y no una hucha.

—¿Se lo vas a decir a la abuela?

—Se lo voy a contar, si quiere oírlo. No para quitarle la razón: en lo de que se lo ha ganado, la tiene toda. A tu abuela no le voy a ganar ninguna discusión, Sofía. La quiero. El amor une; no está para ganar a nadie.

Esa noche, ya en la cama, con la luz apagada, Sofía volvió a hablar cuando él creía que estaba dormida.

—Papá. Si los de ahora pagan a los de antes, y los de antes pagaban a los de más antes... ¿quién empezó? ¿Quién le dio el poder al primer Estado?

Él se quedó en la puerta, con la mano en el interruptor.

—Esa me la debes desde el otro día —dijo ella, medio dormida.

—Lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.1, 5.2, 8.6 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 8 se guardó 24 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 74 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿quién le dio el poder al primer Estado?

El sábado hicieron una barbacoa en el campo con los tíos. El padre se puso el delantal y se plantó delante del cochinillo con el cuchillo grande, muy serio, como un cirujano.

—Hija mía —dijo—, hay que seguir a los grandes maestros de la historia. Como decía mi maestro Jack el Destripador: vayamos por partes.

Los tíos se rieron. Gea le dio un codazo.

—No le enseñes esas cosas a la niña.

—¿Quién es ese? —preguntó Sofía.

—Nadie que tengas que conocer —dijo Gea.

—¿Y eso lo dijo de verdad?

El padre levantó el cuchillo y se quedó pensando.

—No. Es un chiste, y de los malos. Por eso no va en la hoja.

Sofía se quedó conforme. Pero desde ese día, cada vez que su padre empezaba a desmontar algo, una pregunta o un motor, ella le decía muy seria: «Vayamos por partes», y Gea ponía los ojos en blanco.

Esa noche fue a buscar el papel donde alguien, por encima de los Estados, les hubiera dado el poder. Un permiso. Una firma. Algo.

Lo que encontró fue un tratado entre países que dice qué hace falta para ser un Estado: una población que viva allí, un territorio con sus límites, un gobierno y poder tratar con los demás Estados. Y otra cosa, que leyó varias veces: que un Estado existe aunque los demás no lo reconozcan. Que reconocerlo solo es aceptar que está.

Se quedó mirando la pantalla. Ningún Estado recibió su autoridad de nadie que estuviera por encima. La tiene porque la ejerce, y porque otros Estados, que hacen lo mismo, se la reconocen. Era como un círculo. Y nadie lo escondía: estaba escrito en un tratado público.

Siguió tirando del hilo y encontró algo peor: reyes y emperadores que no se conformaron con mandar y se pusieron por encima de todo. Uno de Roma dictaba cartas que empezaban así: «Nuestro señor y dios ordena que se haga esto». Se había nombrado a sí mismo.

Y encontró también lo contrario. Otro emperador de Roma, con el mismo poder, escribió para sí mismo que de uno de sus maestros había aprendido que su carácter «necesitaba corrección y cuidado». Uno se creyó dios. El otro se supo aprendiz.

Ya era tarde, pero no podía dejarlo. Quería saber en qué momento la gente empezó a preguntarse estas cosas en voz alta. Y dio con un filósofo alemán que había escrito un texto corto con una pregunta por título: qué es la Ilustración. Lo leyó entero. Decía que la Ilustración es salir de la minoría de edad, y que la minoría de edad es «la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la guía de otro». Y tenía un lema, en latín: *Sapere aude!* (¡atrévete a saber!). «¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento!».

El padre miró la hoja de las tres columnas. Abajo del todo, con la letra grande de la primera noche, seguía la frase: «No estoy aquí para creer. Estoy aquí para saber». Otro lo había dicho siglos antes que él, con otras palabras. No le dio vergüenza. Le dio compañía.

En «Comprobado» escribió: «Ningún Estado recibió el poder de nadie por encima. Lo tiene porque lo ejerce y porque los demás se lo reconocen».

El lunes, en el recreo, Sofía había tenido una pelea. Se la contó en el coche, enfurruñada.

—Los de sexto dicen que la portería es suya. Que allí mandan ellos.

—¿Y quién les ha dado permiso?

—¡Nadie! Lo han dicho y ya está.

—¿Y los demás qué hacen?

—Pues nada. Que es suya. Como siempre ha sido suya...

Él sonrió. No había tenido que buscar el ejemplo: se lo había traído ella.

—Pues eso que me cuentas es lo que encontré el sábado por la noche. Ningún Estado recibió su poder de nadie que estuviera por encima. Manda porque manda, y porque los otros Estados le dicen: vale, ese trozo es tuyo.

—¡Eso es trampa!

—Yo no te digo que sea trampa. Te digo cómo es.

Sofía se cruzó de brazos y miró por la ventanilla un buen rato. Luego se volvió con los ojos brillantes.

—Entonces yo declaro mi cuarto un Estado.

Él se rio con ganas.

—Te faltaría que te lo reconocieran. Y el Estado que ya está aquí no te lo va a reconocer. Lo ha intentado más gente, y los jueces les han dicho que no. Que nazca así no quiere decir que cualquiera pueda hacer lo mismo.

—Jo.

—Pero te cuento otra cosa. Hubo uno que empezaba sus cartas diciendo que era dios.

—¿Se lo creía?

—Eso decía. Y hubo otro, con el mismo poder, que escribía para sí mismo que tenía que corregirse. ¿Cuál crees que mandó mejor?

Sofía lo pensó.

—El que se corregía.

—Eso creo yo también. El que se cree que ya lo sabe todo deja de aprender. Todos somos aprendices del gran maestro.

—¿Tú también?

—Yo el primero.

Sofía asintió, satisfecha. Luego frunció el ceño, porque una pregunta nunca venía sola.

—Pero antes de los Estados, ¿qué había? ¿Quién mandaba?

El padre puso el intermitente. Sabía que esa pregunta le iba a llevar muy atrás. Más atrás que los reyes. Más atrás que nada de lo que había leído hasta entonces.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 6.2 y 2.4.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 6 se guardó 10 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 115 citas comprobadas en su original; el capítulo 2 se guardó 15 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 187 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿a quién votas tú?

Para mirar qué había antes de los Estados hacían falta noches largas, y esa semana no las hubo. En la clase de Sofía elegían delegado.

Ella se había presentado. Lo supo el padre el jueves, a la salida, porque la niña salió del colegio con la mochila arrastrando y la cara larga.

—Ha ganado el de las gafas.

—¿Y tú?

—Me han votado la de la trenza y yo. —Le dio una patada a una piedra—. Él ha dicho que, si salía, pediría más recreo. Y claro, le han votado todos.

El padre le cogió la mochila.

—¿Y tú qué habías dicho?

—Que pediría que arreglaran la fuente del patio. Que no sale agua.

—Pues eso era verdad, y hacía falta.

—Ya. Pero no me han votado.

Él se agachó para quedarse a su altura, allí mismo, en la acera.

—Escúchame. Lo que tú vales no depende de cuántos te voten. No necesitas que nadie te dé permiso para valer lo que vales.

Sofía se sorbió la nariz y echó a andar. A la mitad de la avenida, ya más tranquila, se volvió hacia él.

—¿Y tú a quién votas, papá? Cuando votan los mayores.

—A una lista.

—¿Una lista de quién?

—De un partido. No votas a una persona: votas la lista entera, en el orden que ellos ponen.

—¿Y quién pone el orden?

Él abrió la boca y la volvió a cerrar. Llevaba votando toda la vida, y no lo sabía.

—¿Y si luego no hacen lo que dijeron? —siguió ella—. ¿Les puedes quitar?

—Esta noche lo miro.

Esa noche abrió la Constitución por donde hablaba de los que se sientan en el Congreso y en el Senado, y encontró una frase corta: «Los miembros de las Cortes Generales no estarán ligados por mandato imperativo». Tuvo que buscar qué era un mandato imperativo. Era lo que él había dado siempre por hecho: que el que sale elegido tiene que hacer lo que le mandan los que le votaron. La Constitución decía lo contrario. Y durante el mandato, nadie los puede apartar, salvo en unos pocos casos que fija el reglamento de la propia cámara.

Luego buscó lo de la lista. La ley de los partidos solo les pide que su organización y su funcionamiento sean «democráticos». Ni esa ley ni la de las elecciones dicen cómo elige cada partido a los que pone en la lista: eso lo deja a sus propias normas. Así que sí, él elegía. Elegía una lista, y la lista la hacían otros.

Nadie escribe una frase así en una Constitución sin un porqué, y fue a buscarlo. Lo tenía. Si el que sale elegido estuviera atado a lo que le mandan unos pocos, representaría solo a esos pocos; así puede representar a todos, también a los que no le votaron, y no le pueden presionar los de siempre. Y las cuentas se piden en cada elección: el que no cumple, no vuelve a salir. Era verdad, y lo apuntó al lado.

Y encontró lo que no encajaba con esa defensa: entre una elección y otra, el que vota no tiene ningún medio para pedirle cuentas a nadie.

En el Evangelio, Jesús les dice a los suyos: «Sabéis que los príncipes de los Gentiles se enseñorean sobre ellos [...] Mas entre vosotros no será así; sino el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor».

Ya iba a cerrar la libreta cuando se acordó de algo que oía mucho en la radio del taller: el Gobierno aprueba por decreto esto o aquello. Lo buscó también. La Constitución deja al Gobierno dictar esas normas, pero «En caso de extraordinaria y urgente necesidad». Es la excepción: las leyes las hacen las Cortes. Y encontró que el Tribunal Constitucional había anulado ya varios de esos decretos porque no justificaban la urgencia.

Y el decreto también tenía quien lo defendiera, con razones. Gobernar a veces no puede esperar, y hay urgencias de verdad, como una pandemia. El decreto tiene control: el Congreso tiene que votarlo enseguida, y lo puede tumbar, y el Constitucional anula lo que no se justifica. Lo que se discute no es que exista, sino cuántas veces se usa. En los Proverbios, una línea: «todo presuroso, indefectiblemente á pobreza».

En «Comprobado» escribió: «El diputado no está atado a lo que le pide el que le vota: lo dice la Constitución. Se vota una lista cerrada, y cada partido la hace a su manera. El decreto es para lo urgente, y a veces se ha usado sin urgencia: lo ha dicho el Constitucional. Tiene su razón: así representan a todos, y las cuentas se piden en cada elección».

Y en «Lo que yo creo»: «Que el que manda tendría que ser un servidor. Y que entre elección y elección, el que vota se queda sin voz».

* * *

El lunes, Sofía llegó del colegio con noticias.

—El de las gafas dice que no puede pedir más recreo. Que ahora es delegado de toda la clase, también de los que no le votaron, y que a muchos no les gusta el recreo largo porque se aburren. Y que la señorita dice que tiene razón.

El padre se rio por dentro.

—Pues tiene su parte de razón. Es lo mismo que dice la Constitución de los diputados: que representan a todos, no solo a los que los votaron.

—¡Pero lo prometió! Le votaron por eso.

—Eso también es verdad.

—¿Y no le pueden quitar?

—Hasta la próxima elección, no.

Sofía se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿para qué le votamos?

—Para elegir. Lo que no tenéis es manera de pedirle cuentas hasta la próxima vez. Esa es la parte que yo no veo clara.

—¿Y tú, con tu lista?

—Lo mismo, pero en grande.

Sofía se quedó pensando. Luego se descruzó de brazos, porque se le había ocurrido otra cosa.

—Papá, en el cole hay una puerta de emergencia. Solo se puede abrir si hay un fuego. ¿Eso es como lo del decreto que dice la radio?

Él dejó de secar el vaso que tenía en la mano. No le había contado nada del decreto. La niña había oído la radio del taller tanto como él.

—Igualito. Está para cuando hay fuego. Si se usa para salir antes al recreo, ya no es una puerta de emergencia.

—¿Y la usan para salir antes?

—Alguna vez, sí. Lo ha dicho el tribunal.

Sofía asintió despacio, como cuando una cuenta le cuadraba.

—Pues antes de que hubiera Estados, ¿quién mandaba? ¿También votaban a listas?

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.1, 5.2 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿y antes de los Estados qué había?

A la cena, Sofía le anunció a su madre que su cuarto era un Estado.

—Muy bien —dijo Gea—. Pues en tu Estado hay una cama sin hacer. ¿Quién se encarga?

Sofía lo pensó con la cuchara en el aire.

—El Estado.

—Pues que se ponga.

Sofía se levantó, muy digna, y fue a hacerse la cama. El padre miró a Gea, y ella se encogió de hombros, como si no hubiera dicho nada. Mandar, pensó él, debería ser eso: encargarse.

Esa noche tuvo que ir más atrás. A antes de que existiera ningún Estado como el de ahora. Buscaba a alguien que se hubiera preguntado qué ley va primero.

Lo encontró en un fraile de hace siglos, Tomás de Aquino, que escribió un libro enorme, la *Suma teológica*. Le pidió a Sofía IA que le buscara lo que decía de las leyes.

Sofía IA: Tomás de Aquino escribe: «Se llama positivo a lo que procede de la voluntad humana».

Fue a buscar la frase en el libro, en latín, con el diccionario y con paciencia. Y aprendió algo de cómo estaba hecho aquel libro: cada artículo empieza con las razones de los que piensan lo contrario, y después viene la respuesta del autor. La frase estaba. Pero estaba en la parte de los que pensaban lo contrario, no en la respuesta.

Le escribió: «Esa frase no es lo que él responde. Es lo que él discute».

Sofía IA: Tienes razón. La tomé de una objeción, no de su respuesta. No es lo mismo.

No era lo mismo, no. Era como decir que un mecánico piensa que hay que cambiar el motor porque lo apuntó en la libreta, cuando lo que apuntó era lo que decía el cliente.

Siguió leyendo la respuesta, la de verdad. Y allí estaba el orden, de arriba abajo. Por encima de todo, la ley de Dios: la ley eterna, el gobierno de Dios sobre todo lo creado. Después, la ley natural, la parte de esa ley que la razón alcanza por sí misma. Después, la costumbre. Y al final, la ley que escriben los hombres. Y una frase que le hizo coger el lápiz: si la ley de los hombres «en algo discrepa de la ley natural, ya no será ley, sino corrupción de la ley».

Luego buscó el orden de hoy. Lo dice el Código Civil, al principio del todo: «Las fuentes del ordenamiento jurídico español son la ley, la costumbre y los principios generales del derecho». La ley escrita, arriba. Lo natural, al final. Y de Dios, nada.

Era el mismo orden, pero dado la vuelta.

Lo que más le costó fue entender qué era eso de la ley natural, porque la palabra se usa para dos cosas. Una describe lo que pasa: que el agua cae, que el fuego quema. Esa no se puede desobedecer. La otra dice lo que debería pasar: no matar, devolver lo que te han dejado. Esa sí se puede desobedecer, y por eso hace falta saber distinguir el bien del mal. Apuntó al margen: «Que una cosa pase no la hace buena».

Quiso saber si eso lo sabían todos los pueblos o solo los de aquí. Encontró que alguien lo había puesto a prueba en tradiciones sin contacto documentado entre sí, y que el resultado no era redondo: unas lo confirmaban, otras decían lo contrario y otras no daban para tanto. Le gustó que no fuera redondo. Lo redondo, ya lo había aprendido con Sofía IA, había que mirarlo con lupa.

Y encontró a un griego muy antiguo, de los primeros que se hicieron estas preguntas, que lo había dicho en una línea: «todas las leyes humanas se nutren de una sola, la divina».

El padre se quedó mirando la hoja. Aquello no era una planta más del edificio. Eran los cimientos. Todo lo que había encontrado hasta entonces descansaba ahí.

En «Comprobado» escribió: «El orden antiguo: la ley de Dios, la ley natural, la costumbre y la ley escrita. El de hoy: la ley escrita primero. Está al revés».

Y en «Lo que yo creo»: «Que hay una ley por encima de todas. Esto no lo puedo comprobar como una carta. Lo creo».

Pero si ponía la ley de Dios la primera, tenía que saber reconocerla. Se acordó del emperador que firmaba sus cartas como dios. Debajo escribió: «No todo lo que se ha llamado dios es el Creador. El verdadero sirve y no pide que lo adoren. El que lo suplanta, lo exige».

* * *

El sábado, en el taller, entró un cliente mayor, de los de toda la vida, a recoger el coche. Mientras pagaba, se quejó sin que nadie le preguntara.

—Vendí el piso de mis padres y me cobraron la plusvalía. Luego dijeron en la tele que el tribunal ese la había anulado. ¿Y sabes qué? A mí no me devolvieron ni un céntimo.

—¿Reclamaste?

—¿Yo? Si era ley. Lo que dice la ley va a misa. —Se guardó la cartera—. Si es ley, será justo, ¿no?

Se fue sin esperar respuesta. Sofía, desde el taburete alto, se quedó mirando la puerta.

—Papá, ¿lo que dice la ley es justo porque es ley?

—Eso es lo que acaba de decir él. Esta noche lo miro.

Esa noche lo encontró enseguida, porque estaba escrito en las sentencias del propio tribunal. La plusvalía, tal como se calculaba, la habían anulado. Y antes, una amnistía de impuestos que se había aprobado años atrás. Una y otra, solo hacia delante: lo que ya se había pagado y estaba cerrado no se volvió a mirar. Y encontró algo más: un artículo de un reglamento de sanciones que se había aplicado cuarenta y cuatro años sin la ley que la Constitución exige, hasta que el tribunal lo declaró «inconstitucional y nulo».

Luego se dio la vuelta y lo miró desde el otro lado, y desde allí se veía otra cosa. El sistema no da por justa cualquier ley: tiene un tribunal que las anula, y las anula. Que no se devuelva lo pagado protege que la gente sepa a qué atenerse y que las cuentas no se hundan. Y el que recurrió a tiempo pudo recuperar lo suyo. Eso último le dio que pensar: el cliente no recurrió, porque creía que la ley era justa por ser ley.

Luego quiso saber qué había por encima de la Constitución, para medirla. Ciudadanos y poderes públicos, dice ella misma, «están sujetos a la Constitución», y el Código Civil remata: «Carecerán de validez las disposiciones que contradigan otra de rango superior». La escalera termina ahí. Encima de la Constitución, la ley no pone nada. Aunque encontró un matiz, y lo apuntó: la propia Constitución habla de derechos «inviolables» e «inherentes» a la persona, es decir, que ya estaban antes que ella. Pero los interpreta ella sola. Aunque sola del todo, tampoco: manda leer esos derechos de acuerdo con la Declaración Universal, y hay tribunales, de dentro y de fuera, que la vigilan.

En los Hechos de los Apóstoles, Pedro y los apóstoles responden: «Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres».

En «Comprobado» escribió: «Una ley puede estar años cobrando y luego anularse, y lo pagado no se le devuelve al que no reclamó. Por encima de la Constitución, la ley no pone nada, aunque ella misma reconoce derechos que ya estaban antes. Tiene su razón: sin eso, nadie sabría a qué atenerse».

Y en «Lo que yo creo»: «Que lo legal no es justo por ser legal: se mide con lo que hay por encima».

* * *

Al día siguiente, Sofía estaba sentada en la encimera, otra vez, mientras él pelaba patatas.

—¿Qué había antes de los Estados?

—Había leyes. Unas encima de otras, como en esta casa.

—¿En esta casa hay leyes?

—Claro. Mira. Hay cosas que pasan quieras o no: que el fuego quema, que si no duermes te caes de sueño. Y hay otras que sabes sin que nadie te las enseñe, pero que sí se pueden desobedecer: que no se le quita a otro lo suyo, que lo que te dejan se devuelve, que no se pega al pequeño. Esas van primero. Luego están las costumbres de casa: las lentejas del domingo, el beso de tu madre antes de irse. Y al final, las normas que ponemos nosotros: no sentarse en la encimera.

Sofía se bajó de un salto, muy digna.

—¿Y las costumbres siempre valen?

—No. Una costumbre manda cuando no hay otra norma, y si no hace daño a nadie. Que algo se haga desde siempre no lo hace bueno.

—Como los de sexto con la portería.

—Como los de sexto. Eso lo miraremos otro día.

—¿Y si papá pone una norma que diga que los mayores pueden quitarles los cromos a los pequeños?

—Entonces no sería una norma. Sería un abuso. Un señor que pensó mucho dijo que una ley así ya no es ley, sino corrupción de la ley.

—¿Y qué va primero de todo?

El padre dejó el pelador.

—Eso ya no te lo puedo comprobar como la carta. Te puedo decir lo que escribieron los que pensaron en ello: que por encima de todo está la ley de Dios, la que gobierna todo lo que existe. Y te puedo decir lo que creo yo: que es verdad.

—¿Y hoy?

—Hoy está al revés. Primero la ley que escriben los hombres. Lo demás, si sobra sitio.

—Como el señor del coche, que decía que si es ley, es justo.

—Como él. Y a él le cobraron una ley que luego resultó que no valía.

Sofía se quedó pensando, con una piel de patata en la mano.

—Es como si en casa mandara más lo de la encimera que lo de dormir.

—Eso es lo que yo creo, sí. Y solo con lo real se puede edificar. Si los cimientos están al revés, la casa se tuerce.

—¿Y esa ley de Dios dónde está escrita?

—En muchos libros. Cada pueblo tiene los suyos.

—¿Y dicen todos lo mismo?

Él la miró. Era la pregunta a la que llevaban todas las demás.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 1.1, 1.2, 1.3, 1.4, 1.5, 5.1, 5.2 y 11.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 1 se guardó 23 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 105 citas comprobadas en su original; el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿dicen todos lo mismo?

Esa noche sacó del armario la Biblia antigua de su madre, la de las tapas gastadas, y la puso en la mesa al lado del portátil. No la había abierto en años.

No buscaba nada concreto. Quería saber si lo que había ido encontrando planta a planta, en las leyes y en los números, alguien lo había dicho antes. Y lo encontró. Una y otra vez.

Cuando buscó quién había dicho que sí por su hija, ya estaba escrito: «Mas sea vuestro hablar: Sí, sí; No, no; porque lo que es más de esto, de mal procede». El sí se dice. No se presume.

Cuando hizo las cuentas de la hucha, ya estaba escrito: «El peso falso abominación es á Jehová: Mas la pesa cabal le agrada».

Cuando contó las promesas que no se cumplen, ya estaba escrito: «Por sus frutos los conoceréis».

Se quedó quieto, con el dedo en la página. Había tardado semanas en llegar por su cuenta a lo que estaba ahí desde siempre.

Luego quiso saber si era solo ese libro. Buscó los de otros pueblos, pueblos sin contacto documentado entre sí. Y no era solo ese libro. Los mismos principios se repetían en pueblos muy lejanos, cada uno con sus palabras: que la medida sea justa, que lo confiado se devuelva entero, que se perdonen las deudas. Y por debajo de todos, el mismo hilo: el que manda, sirve.

Ya era muy tarde cuando dio con lo de los niños. Primero, unas palabras de Jesús que conocía de oídas: «si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos». Luego encontró palabras parecidas en otros evangelios: «el que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él». Y una más, que le hizo leer despacio: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado á los niños».

Quiso ver esa palabra, «revelado», en la lengua en que se escribió, el griego, y se lo preguntó a Sofía IA.

Sofía IA: Creo que es de la misma familia que «apocalipsis», que quiere decir revelación. Pero esto no lo he podido comprobar en un diccionario. Míralo tú.

El padre se quedó mirando la pantalla más de lo que hacía falta. Era la primera vez que se lo decía. Fue a buscar el diccionario de griego, y era así: la misma familia. Revelar. Revelación. Lo apuntó en una esquina de la hoja, aparte, sin saber todavía para qué.

En «Comprobado» escribió: «Lo que he encontrado en cada planta ya estaba escrito, en libros de pueblos sin contacto documentado. Y está escrito que hay que hacerse como niños».

Y en «Lo que yo creo» escribió lo que de verdad pensaba, aunque el versículo no lo dijera así: «Que las preguntas de un niño, hechas sin trampa, son razón de sobra para buscar la verdad allá donde esté».

A la noche siguiente, Sofía no se quería dormir. Él se sentó en el borde de la cama.

—¿Y dicen todos lo mismo? —preguntó ella, ya con los ojos medio cerrados.

—Casi. Pueblos que, que se sepa, no se conocían dicen las mismas cosas. Que el sí se dice. Que la medida tiene que ser justa. Que el que manda, sirve.

—Eso lo dice también la abuela de la de la trenza —dijo Sofía—. Reza en otro idioma, pero en su casa también se devuelve lo que te dejan. Me lo contó en el recreo.

—¿Ves? Y, que se sepa, nadie se lo ha copiado a nadie.

—El de las gafas dice que su padre dice que eso son cuentos de viejas.

—Está en su derecho de pensarlo. Por eso hay que leerlo, y no creérselo porque sí. Ni lo de la abuela, ni lo de su padre, ni lo mío.

—¿Y de los niños dicen algo?

Él sonrió en la oscuridad.

—Dicen que si no te haces como un niño, no entras en el reino de los cielos.

Sofía abrió un ojo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Lo que pone es eso. Lo que yo creo es que quiere decir preguntar sin miedo y sin trampa, y aceptar lo que es verdad, aunque no te guste. Como haces tú.

—Pero yo no sé casi nada.

—Por eso. El que cree que ya lo sabe todo no pregunta. A muchos los desvió la soberbia. La humildad es el único camino.

Sofía se dio la vuelta, abrazada a la almohada.

—Papá. ¿Y al principio de todo qué pasó? Antes de todos esos libros.

—Hay una historia, la primera de todas. Un jardín con dos árboles.

—¿Y qué pasó en el jardín?

Él la tapó hasta la barbilla. Se sabía la historia de oídas, como la sabe todo el mundo. Y de oídas, ya sabía lo que valía.

—Esto aún no lo sé bien. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 3.1, 3.2, 3.6 y 5.2.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 3 se guardó 32 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 175 citas comprobadas en su original; el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿qué pasó en el jardín?

Esa noche abrió la Biblia de su madre por la primera página. Se sabía la historia, como todo el mundo. Por eso quería leerla: para ver si lo que se sabía era lo que ponía.

Lo primero que encontró fueron los árboles. Estaban los dos en medio: «también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de ciencia del bien y del mal».

Luego, la orden. Era una sola: «De todo árbol del huerto comerás»; «Mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás de él; porque el día que de él comieres, morirás».

Y luego llegó la serpiente. El padre leyó despacio lo que decía, como lee un diagnóstico que no le cuadra. Lo primero que hizo fue darle la vuelta a la orden: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?». Luego negó lo que iba a pasar, sin dar ningún dato: «No moriréis». Y luego dijo por qué lo había prohibido Dios, como si lo supiera: «Mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal».

Se echó atrás en la silla. Lo conocía. Lo llevaba viendo semanas. Dar la vuelta a lo que se dijo. Prometer sin dar un dato. Decir lo que piensa el otro sin preguntárselo. Era el mismo mecanismo de todo lo que había ido encontrando, solo que contado hace muchísimo tiempo, con un árbol y una serpiente.

Y vio cómo se decidió: por lo que se veía. El árbol era «bueno para comer, y que era agradable á los ojos». Sin preguntar a quien había dado la orden. Y los frutos llegaron enseguida: miedo, esconderse, echarse la culpa unos a otros. Y al final, la salida del jardín, y unos querubines con una espada encendida, puestos «para guardar el camino del árbol de la vida».

Buscó también lo que todo el mundo sabía. Y no estaba. No ponía «manzana». Ponía «del fruto del árbol que está en medio del huerto».

En «Comprobado» escribió: «Los dos árboles estaban en el mismo sitio. La orden era una sola. La serpiente le dio la vuelta y prometió sin un dato. No dice manzana».

Luego se quedó mucho rato mirando la hoja. Y escribió en «Lo que yo creo» algo que no estaba en ningún libro, porque era suyo: «El árbol de la vida se quedó donde estaba, guardado. El que se fue alejando fue el otro, el del conocimiento. Fruto tras fruto. Cada vez que alguien decidió por lo que veía, sin preguntar, se alejó un poco más».

El domingo se fueron los tres de excursión al campo, con la tortilla envuelta en papel de plata y la manta de cuadros. Gea eligió el sitio: debajo de un árbol grande, junto a un huerto con la valla caída.

—Aquí —dijo—. Que da sombra y no molestamos a nadie.

Comieron sentados en la manta. Después, el padre y Sofía se pusieron a jugar con el disco volador. La niña lo lanzó con todas sus fuerzas, el disco hizo una curva rarísima y se perdió detrás de unos árboles.

—¡Voy yo! —dijo él.

Volvió al rato con el disco en la mano y la cara colorada como un tomate. Detrás de los árboles había una pareja muy acurrucada que no esperaba visita.

—Papá, ¿qué te pasa?

—Nada, nada. Que ahí detrás había gente.

—¿Y qué hacen?

El padre buscó una respuesta corta, de las de día, y no encontró ninguna.

—Pues, hija... más gente.

Gea se tapó la cara con la servilleta y se le escapó una carcajada que se oyó en todo el campo. Sofía miró a su padre y a su madre sin entender nada, y decidió que eso iba en «No lo sé».

Luego se subió a una rama baja y se colgó cabeza abajo hasta que Gea le dijo que bajara, y bajó. Se sentó con una manzana, apoyada en el tronco, con las piernas cruzadas.

—¿Qué pasó en el jardín? —preguntó con la boca llena.

—Había dos árboles. Uno, el de la vida. Otro, el del conocimiento del bien y del mal. Y una sola norma: de ese segundo, no comáis.

—Y se comieron la manzana.

—No dice manzana.

Sofía dejó de masticar.

—¿Cómo que no?

—Dice «el fruto». Manzana no aparece por ninguna parte. Lo he buscado.

—¿En serio? —dijo Gea, que tampoco lo sabía.

—¡Pero todo el mundo dice manzana!

—Ya. Y todo el mundo decía que el Estado somos todos.

Sofía miró su manzana con desconfianza, y luego se rio.

—¿Y la serpiente era mala?

—Lo que el texto cuenta es lo que hizo. Le dio la vuelta a la norma y prometió una cosa sin dar ni una prueba. Una promesa sin un dato es una presunción. Y si el que la hace sabe que no es verdad, es una mentira. Y mentir es construir en el aire.

—Como tus castillos.

Él se quedó un segundo callado. La niña no olvidaba nada.

—Como mis castillos. Aunque aquellos no me los mintió nadie: me los creí yo solo.

Luego sacó la hoja de las tres columnas, que llevaba doblada en el bolsillo, como los presupuestos, y le dio la vuelta. Por detrás, apoyado en la manta, con el lápiz corto, dibujó dos árboles juntos, y después uno de ellos, más pequeño, un poco más lejos, y otro más, y otro, cada vez más lejos.

—Yo lo veo así —dijo—. Esto no está en el libro: es lo que creo yo. El árbol de la vida se quedó en su sitio. El que se fue alejando fue el otro. No se separaron los dos: se fue uno solo. Despacio. Cada vez que alguien eligió por lo que le entraba por los ojos, sin preguntar, dio un fruto que lo llevó un poco más lejos.

Gea miró el dibujo, y luego el árbol que les daba sombra, y no dijo nada. Le quitó a Sofía una hoja seca del pelo.

Sofía se quedó mirando el dibujo. Señaló el último arbolito, el más lejano.

—¿Y nosotros? ¿Nosotros dónde estamos?

El padre miró el dibujo con ella. Era la pregunta de todas las noches, la que había empezado con una carta.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 4.2.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 4 se guardó 16 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 134 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿te han contestado?

Al volver de la excursión, con la manta debajo del brazo y Sofía dormida en brazos de Gea, el padre abrió el buzón por costumbre. Debajo de la propaganda del supermercado había un sobre blanco con ventanilla y un escudo en la esquina. El mismo escudo del primer día.

No lo abrió en la escalera. Esperó a que la niña estuviera en la cama.

Lo abrieron Gea y él en la mesa de la cocina, apartando el salero. Era la respuesta a lo que él había pedido por escrito: en qué se basaban para reclamarle aquel pago. La leyeron despacio, cada uno por su lado, y luego juntos.

La hoja repetía el artículo de la ley de la primera carta y decía que el pago era correcto. Ni una palabra sobre su caso: por qué aquel artículo le tocaba a él. Era una hoja que habría servido para cualquiera.

—Te han contestado —dijo Gea.

—Me han contestado. Pero no a lo que pregunté.

Esa noche buscó si con eso bastaba. Y encontró que no: lo que limita los derechos de alguien tiene que explicar sus motivos, con los hechos y con las normas, y una explicación de plantilla no cumple ese deber. Encontró también lo que no encajaba con su enfado: pedir explicaciones no detiene los plazos. Lo que hay que pagar se paga a tiempo, y la pregunta se hace al lado. Él ya lo había hecho así: había pagado dentro del plazo, y había preguntado.

Y encontró algo más, que le hizo apretar el lápiz. Si el ciudadano se retrasa, hay recargo, sanción y apremio. Si la que no cumple es la Administración, el ciudadano tiene que ir a un tribunal y esperar años.

Luego hizo lo que hace con un coche al final de la revisión: el informe. Buscó cómo quedan las cuentas del Estado medidas con la misma regla que la ley aplica a cualquier empresa, también a su taller. Con esa regla, estaría en causa de disolución: obligado a cerrar. Pero un informe honrado lleva también lo que alegraría la otra parte, y él sabía de sobra lo que alegraría, y que era verdad: un Estado no es una empresa. Cobra impuestos y no desaparece como un taller. Lo apuntó al lado, para que la balanza no la inclinara él.

En «Comprobado» escribió: «Me han contestado sin contestar. Lo que se paga, se paga en plazo; lo que se pregunta, se pregunta por escrito. Si yo me retraso, recargo; si ellos no cumplen, a esperar. Con la regla de cualquier taller, estaría cerrado. Pero un Estado no es un taller».

Y en «Lo que yo creo»: «Que la balanza sigue pesando más de un lado».

Gea cogió la respuesta, la carta del primer día y la copia de lo que él había mandado, y las grapó juntas.

—Esto se guarda —dijo—. Todo junto y con su fecha. Lo que pediste, lo que te contestaron y cuándo.

—¿Para qué?

—Para que conste. Si cada uno guardara lo suyo y se pudiera ver todo junto, se vería quién contesta y quién no.

Él la miró. No se le había ocurrido. Sacó una carpeta de cartón del cajón de los papeles del taller y escribió en la tapa, con el lápiz corto: «Lo pedido y lo respondido». Era su archivo. Uno para todos no existía; de momento, era una idea de su mujer en la mesa de la cocina.

Por la mañana, Sofía vio la carpeta antes que el desayuno.

—¿Te han contestado?

—Me han contestado como quien contesta a todos. He pagado lo que me pedían, porque los plazos se cumplen. Y lo que pregunté sigue escrito, con su fecha. Eso no se lo lleva el viento.

—¿Y si tú llegas tarde a pagar?

—Me cobran más.

—¿Y si ellos llegan tarde a contestar?

—Hay que esperar. O ir a un juez.

—¡Eso no es justo!

—Eso es lo que yo creo también. Pero ahora está escrito, y lo escrito se puede enseñar.

Sofía se quedó mirando la tapa de la carpeta.

—¿Y el Estado está roto?

—Si fuera un coche de mi taller, le daría un informe malo. Pero no es un coche, y no se tira. Los coches se arreglan.

Sofía cogió una galleta y se quedó pensando, con la galleta a medio camino.

—Papá, ¿y cuánto le pagas tú al Estado? ¿Y mamá?

Él se sirvió el café. Lo que pagaba cada mes lo sabía de memoria. Lo que se llevaba de verdad, todo junto, nunca lo había sumado.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 10.4, 8.5, 9.1, 10.8 y D.8.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 10 se guardó 21 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 56 citas comprobadas en su original; el capítulo 8 se guardó 24 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 74 citas comprobadas en su original; el capítulo 9 se guardó 13 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 46 citas comprobadas en su original; el anexo D se guardó 3 veces, del 7 al 12 de octubre de 2026, y tiene 26 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿todo se publica?

Para sumar lo que pagaban en casa hacía falta la nómina de Gea, y la de ese mes aún no había llegado. La pregunta de Sofía se quedó en la columna de «Aún no lo sé», esperando un sobre.

Mientras tanto, la niña se llevó la carpeta al recreo. No la de cartón, que seguía en el cajón de los papeles del taller, sino lo que ponía en la tapa. A la hora del bocadillo se lo contó a la de la trenza y al de las gafas: que su padre lo guardaba todo, lo que pedía y lo que le contestaban, cada cosa con su fecha.

A la salida venía con el ceño fruncido.

—El de las gafas dice que su padre dice que eso de la carpeta es una tontería. Que el Gobierno lo publica todo en internet, y que el que no se entera es porque no mira.

El padre se colgó la mochila de la niña al hombro.

—Papá, ¿todo se publica?

—Mucho, sí. Si todo, no lo sé.

—Pero ¿sí o no?

—Si te digo que sí sin haberlo mirado, te estoy dando una presunción.

Sofía puso los ojos en blanco, porque esa palabra ya se la sabía, y echó a andar por la avenida pisando las hojas secas que más crujían.

* * *

Esa noche se lo preguntó primero a Sofía IA, por ganar tiempo.

«¿Se publica lo que cobran los que mandan? ¿Y el total?».

Sofía IA: Sí. El Portal de la Transparencia publica lo que cobra cada alto cargo del Gobierno, y el total de cada año.

«¿Has visto ese total? Dame la página».

Sofía IA: No la tengo. Lo he sacado de resúmenes que lo cuentan así; los ficheros no los he abierto. Esto no lo he podido comprobar.

Al principio le habría dado la página aunque no existiera. Ahora le bastaba una pregunta para reconocerlo. Él asintió delante de la pantalla y fue a abrir los ficheros.

Lo que cobra cada alto cargo, que es como se llama a los de arriba de cada ministerio, estaba publicado, uno por uno. Pero no en una página: en veintitrés ficheros, uno por ministerio. Y ninguno traía el total.

Uno de los ficheros no se abría: daba un error del servidor. Lo intentó tres veces. Nada. Un callejón, y lo apuntó como tal.

Sacó el lápiz corto, el de los presupuestos, y empezó a sumar, fichero a fichero, como quien suma las piezas de una avería grande. Le llevó varias noches. Y por el camino aprendió que lo que sumaba no eran personas, sino apuntes: una misma persona podía salir más de una vez, y cuando cambiaba el Gobierno salían más. Lo apuntó al lado, para que nadie creyera que eran tantas personas.

Cuando terminó, la suma de un año, solo de los de arriba del Gobierno, se acercaba a los setenta millones de euros. No la había publicado nadie. La había hecho él, con un lápiz.

Luego buscó a los asesores de confianza. Del total, nada: solo constaba lo que cuestan los del presidente del Gobierno.

Y luego, lo que cobran los cargos de las comunidades y de los ayuntamientos. Ahí se le cayó el lápiz. Estaba recogido, pero sin sumar, y para sumarlo había que consultar, una a una, más de ocho mil entidades: ayuntamientos, diputaciones, gobiernos de cada comunidad.

—Vaya puzle más grande —dijo en voz baja.

Gea apareció en la puerta de la cocina, en pijama, con un vaso de agua.

—¿Qué sumas a estas horas?

—Lo que no suma nadie.

Ella miró las hojas llenas de números y se sentó un momento a su lado.

—Hombre, por lo menos está. Cualquiera lo puede mirar. Y lo que no está, lo puedes pedir, ¿no?

Era la mejor defensa, y era verdad. Lo buscó, y estaba en la ley con todas las letras: «Todas las personas tienen derecho a acceder a la información pública». Cada dato que él había sumado lo publicaban porque la ley les obligaba a publicarlo. A lo que la ley no les obligaba era a sumarlo.

—Pues pídelo sumado —dijo Gea—. Por escrito, como lo de la carta. Y la copia, a la carpeta.

Buscó cómo se pide. Lo puede pedir cualquiera, y no hace falta decir para qué. Tienen un mes para contestar, que pueden alargar otro si es mucho trabajo; y si no contestan, la respuesta es que no. Escribió una sola pregunta: cuánto cobraron en total, el año pasado, los altos cargos,

los asesores y los cargos elegidos de todas las administraciones. La firmó, la mandó y grapó la copia en la carpeta de cartón.

Antes de acostarse abrió la Biblia de su madre, que seguía en la mesa desde lo del jardín, y buscó una línea que conocía de oídas. Estaba en el Evangelio de Lucas: «Porque nada hay encubierto, que no haya de ser descubierto; ni oculto, que no haya de ser sabido».

No decía que nadie lo escondiera. Él tampoco lo había encontrado: sumarlo no estaba prohibido; solo no era obligatorio. Pero sí decía cómo acaba lo que se tapa.

En «Comprobado» escribió: «Se publica cada pieza, y la suma no. La ley obliga a publicar cada dato; nadie está obligado a publicar la suma. La de los de arriba del Gobierno la he hecho yo: en un año, cerca de setenta millones. La de las comunidades y los ayuntamientos no la puede hacer un hombre solo. Tiene su razón: está todo, y cualquiera lo puede pedir. No he encontrado que se esconda a propósito».

Y en «Lo que yo creo»: «Que lo que se publica suelto cumple la letra y no el fin. Un montón de piezas sin la tapa no es un puzle: es un montón».

* * *

El domingo llovió desde por la mañana. Después de comer, Gea bajó del altillo del armario una caja vieja, atada con una goma.

—Un puzle —dijo, y lo volcó en la mesa de la cocina—. La tapa se perdió hace años. No sé lo que sale.

Él la miró. Ella no le devolvió la mirada: apartó el salero y se puso a buscar los bordes.

—Primero los bordes —dijo—. Siempre.

Sofía se puso de rodillas en la silla y removió las piezas con las manos.

—¿Y cómo vamos a saber dónde va cada una, si no sabemos lo que sale?

—Juntándolas —dijo Gea.

Estuvieron un buen rato. Gea con los bordes, Sofía con todas las piezas azules, que eran cielo seguro, y el padre con las que no eran de nadie.

—Papá, ¿y lo de internet? ¿Al final todo se publica?

—Más o menos como esto. —Señaló la mesa—. Las piezas están todas. Cada una en su sitio de internet, y cada sitio en su caja. Lo que no hay es tapa: nadie ha puesto el dibujo entero.

—¿Y por qué no la ponen?

—Porque la ley les obliga a publicar cada pieza. La tapa no se la pide nadie.

—Entonces el padre del de las gafas tiene razón.

—Tiene su parte. Está todo. Lo que no está es la suma.

Sofía cogió una pieza azul y le fue dando vueltas hasta que encajó.

—¿Y lo esconden?

—No he encontrado que lo escondan. Está todo a la vista. Solo que suelto.

—Pues suelto es como escondido —dijo la niña—. Pero sin tener que esconderlo.

El padre dejó la pieza que tenía en la mano. A él le había costado varias noches llegar ahí, y ella había llegado con una pieza de cielo.

—Eso lo creo yo también. Pero eso va en «Lo que yo creo». Lo comprobado es que está suelto.

—¿Y tú lo has juntado?

—Un trozo. El de los de arriba del Gobierno, con el lápiz. El resto no lo puede juntar un hombre solo.

—Pues que lo junten ellos, que tienen todas las piezas.

—Eso he pedido. Por escrito.

—¿Y te lo van a dar?

—Tienen un mes para contestar.

—¿Y si no contestan?

—Entonces es que no. Y eso también va a la carpeta.

A media tarde, a Sofía le sobraba una pieza. La había probado en todas partes.

—Esta no es de aquí. Será de otro puzle.

—Es de este —dijo él—. Todas son del mismo dibujo, aunque cada una suelta no lo parezca.

Le cogió la mano con la pieza y se la llevó despacio hasta un hueco en el centro, donde no había mirado nadie. Encajó.

—Con la gente pasa igual, hija. Todos somos uno. Lo que hemos perdido es la conexión, y cada uno mira solo su pieza y se cree que va suelto.

Sofía se quedó mirando el hueco que ya no estaba.

Cuando pusieron la última, era un árbol grande, cargado de fruta, en medio de un campo. Antes de desmontarlo, Gea le hizo una foto con el móvil.

—Mañana la imprimo y se la pego a la caja —dijo—. Para la próxima vez. Ya tiene tapa.

Sofía miró la foto en la pantalla, y luego a sus padres.

—Papá, ¿y lo vuestro? ¿Cuánto pagáis mamá y tú? Eso no lo tiene que publicar nadie: lo podéis juntar vosotros.

Él miró a Gea. La nómina de ese mes había llegado el viernes, y estaba en su bolso, sin abrir.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 5.1, 5.2, 8.6, 11.3, C.1, C.2 y D.2.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 8 se guardó 24 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 74 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original; el anexo C se guardó 3 veces, del 7 al 10 de octubre de 2026, y tiene 5 citas comprobadas en su original; el anexo D se guardó 3 veces, del 7 al 12 de octubre de 2026, y tiene 26 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿cuánto le pagas al Estado?

Esa noche Gea se sentó a la mesa con un sobre del trabajo.

—Si vas a sumar, empieza por esto —dijo, y sacó su nómina—. Esto es un papel, no lo que yo crea.

Él la cogió. Arriba, el sueldo bruto. Debajo, lo que le quitaban de cotizaciones y de impuesto sobre la renta. Abajo del todo, lo que le llegaba al banco.

—¿Y esto es todo?

—Es lo que pone. —Gea se quedó mirando la línea del impuesto—. Y otra cosa, que no sé si es verdad. Este año me subieron el sueldo, y no lo noto. Será que todo está más caro.

Esa noche buscó lo que no ponía, y Gea no se fue a la cama: se quedó al otro lado de la mesa, con la nómina delante, como quien vigila una olla. Lo primero que encontró fue que la nómina no lo cuenta todo: lo que la empresa paga por Gea a la Seguridad Social no sale en la nómina, y es un buen trozo más.

—¿Más? —Gea le dio la vuelta al papel, por si estaba detrás—. Aquí no viene.

—Por eso. Por eso la carga se mide sobre lo que cuesta el trabajo, no sobre lo que pone el papel.

—Pues eso lo pone la empresa —dijo ella—. No es mío. Es dinero suyo.

Eso era lo que se decía, y quiso saber si era verdad. Entre los que pagan esa parte están también las administraciones, por su propio personal: el ayuntamiento, por los que trabajan en el ayuntamiento; el Estado, por los suyos. Y eso lo pagan con impuestos. Las estadísticas lo juntan todo y no separan una cosa de la otra.

—Ya —dijo Gea—. Pero la paga el que contrata, ¿no? Sea quien sea.

También era verdad: esa parte la paga el que contrata, sea quien sea, y así se apunta en las cuentas de todo el país. Lo apuntó al lado, con las palabras de ella.

—¿Y al final cuánto es? —preguntó ella—. Dímelo en redondo.

Encontró la cuenta hecha para un trabajador medio. No era Gea exactamente, y se lo dijo así, para no hacerle decir al papel lo que no decía. De cada cien euros que cuesta su trabajo, más de cuarenta se van en cotizaciones y en impuesto sobre la renta. Y, con los demás impuestos de cada año, cerca de la mitad.

Gea no dijo nada. Dobló la nómina, la desdobló y la alisó con la mano.

—Pues en la radio dicen que aquí se paga menos que en Europa.

—Lo dicen también en la del taller, todas las mañanas.

Lo buscó, y era verdad: la cifra que se publica estaba por debajo de la media de la Unión Europea. Pero esa cifra es lo que recauda el Estado comparado con todo lo que se produce en el país, entre todos.

—Es una media de todo —le dijo—, no lo que le quitan a una persona. Para saber lo tuyo hay que mirar lo tuyo.

—¿Y tú? —dijo Gea—. Que siempre miramos lo mío.

Él no tenía empresa que cotizara por él: la cuota de autónomo la pagaba entera, todos los meses, por tramos según lo que ganaba, fuera bueno o malo el mes. Y luego estaba lo que no es un impuesto, pero se paga igual: la gestoría que le lleva los papeles del taller, porque él no sabría. Encontró que una asociación de autónomos calculaba que cada autónomo se pasa más de cinco semanas al año en trámites. No era un organismo, y lo apuntó así. Pero él lo reconoció en sus domingos.

—Eso explica tu humor de los domingos —dijo Gea, que se había cambiado de silla para leer por encima de su hombro.

—¿Y lo mío? Lo de que me suben y no lo noto.

Eso le costó más, y lo encontró pasada la medianoche, cuando ella ya bostezaba. El impuesto sobre la renta va por escalones: cuanto más arriba, más se paga. Esos escalones no se habían puesto al día desde la reforma de 2014, salvo uno que se añadió arriba del todo, para los que más ganan. Los precios, en cambio, habían subido desde entonces más de una cuarta parte.

—O sea, que si me suben lo mismo que los precios...

—Compras lo mismo que antes. No eres más rica. Pero una parte más grande de tu sueldo cae en los escalones de arriba, y pagas más.

—¿Y quién lo ha subido?

—Nadie. Ninguna ley ha subido el impuesto. Ha bastado con no mover los escalones.

Antes de cerrar, miró si alguien lo había compensado, y en parte sí: a los que menos ganan se les ha ido ampliando una rebaja que compensa una parte. Era verdad, y lo apuntó.

En el Evangelio, Juan el Bautista les dice a los que cobraban los impuestos: «No exijáis más de lo que os está ordenado». Él lo leyó a su manera, y lo apuntó como suyo: aquí nadie había ordenado más, y se cobraba más.

—Y también nos dan —dijo Gea, ya de pie, con la mano en el interruptor—. Que no se te olvide.

No se le olvidaba, y lo apuntó también: el médico, el colegio de la niña, la pensión de su madre, que llega todos los meses. Eso también era verdad. Lo que encontró es que el Estado cobra con precisión de reloj, y devuelve con resultados desiguales.

Solo, con la luz del pasillo ya apagada, en «Comprobado» escribió: «De cada cien euros que cuesta el trabajo de un asalariado medio, más de cuarenta van a cotizaciones y renta, y cerca de la mitad con los demás impuestos de cada año. La nómina no enseña lo que paga la empresa, y una parte de lo que paga “la empresa” la paga una administración, con impuestos. La cifra de la radio es verdad, pero es la media de todo el país, no lo de nadie. Si los escalones no se mueven y los precios sí, se paga más sin que nadie suba el impuesto. El autónomo paga su cuota entera. Y se recibe: médico, colegio, pensión. Cobra con precisión; devuelve desigual».

Y en «Lo que yo creo»: «Que lo que sube sin que nadie lo vote se ve mucho menos que lo que se vota».

* * *

Al día siguiente, Sofía estaba haciendo un dibujo en la mesa de la cocina. La nómina de Gea seguía allí, debajo del salero, y Sofía la había leído entera, como lo leía todo.

—Aquí pone el nombre de mamá, y al lado un número muy largo. ¿Mamá es ese número?

—Para ese papel, sí. Para nosotros, no. —Se sentó a su lado—. Escúchame. Cada persona es única e irrepetible, por todo lo que le ha tocado vivir. No hay otra como tu madre, ni otra como tú. El número sirve para que el papel no se equivoque de persona. Nada más.

Sofía se quedó mirando el número un rato. Luego le dio la vuelta a la nómina, para que no se viera, y siguió pintando.

—¿Ya sabes cuánto pagas?

—Más o menos. Mira. Imagínate que por ese dibujo te dan diez caramelos. Antes de que te lleguen, se quedan casi cinco por el camino.

Sofía levantó la cabeza.

—¿Casi la mitad? ¿Y qué hacen con mis caramelos?

—Con una parte, tu colegio. Con otra, el médico. Con otra, la pensión de la abuela. Y con otra, cosas que no se sabe bien, porque no se publican sumadas.

—Como el puzle.

—Como el puzle. Sin tapa.

—¿Y la madre de la de la trenza? Trabaja en el ayuntamiento. A ella, lo de la empresa, ¿quién se lo paga?

—El ayuntamiento.

—¿Y el ayuntamiento de dónde lo saca?

—De los impuestos. De los caramelos de todos.

—¡Pues entonces no es de la empresa!

—Se apunta como si lo fuera, y la ley dice que lo paga el que contrata, que es verdad. Lo que no se separa es cuánto sale de los caramelos de todos.

Sofía cambió de rotulador y se quedó pensando.

—¿Y si a mamá le suben el sueldo?

—Paga más. Y eso es justo, si gana más. Lo raro es otra cosa: si se lo suben solo lo que suben los precios, compra lo mismo que antes, y paga más igual. Porque el impuesto va por escalones, y los escalones no se mueven.

—Es como si no me cambiarais las zapatillas cuando me crece el pie —dijo Sofía—. Cada vez aprietan más, y nadie las ha encogido.

Él se rio.

—Igualito.

—¿Y si yo no quiero darlos?

—Se dan. Es la ley, y hay que cumplirla. Lo que sí puedes es preguntar en qué se gastan. Eso también es la ley.

Sofía siguió pintando un rato. Luego dejó el rotulador.

—Hoy los de sexto se han vuelto a quedar con la portería. Dicen que es suya porque siempre ha sido suya. Papá, si una cosa ha sido siempre así, ¿ya es para siempre?

Él la miró. Era la pregunta de la costumbre. La que había dejado para otro día.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 3 se guardó 32 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 175 citas comprobadas en su original; el capítulo 5 se guardó 17 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 63 citas comprobadas en su original; el capítulo 8 se guardó 24 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 74 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿lo de siempre es para siempre?

Esa noche buscó la costumbre. La había dejado para otro día, y el otro día había llegado con un rotulador en la mano.

Le preguntó a Sofía IA de dónde salía eso de que la costumbre es una ley.

Sofía IA: Lo he visto citado en muchos sitios, pero no he leído el original. Esto no lo he podido comprobar. Míralo tú.

Ya no era la primera vez que se lo decía. Él asintió delante de la pantalla, como si ella pudiera verlo, y fue a mirarlo.

Lo encontró en Isidoro de Sevilla, que lo había escrito hace siglos: la costumbre es «lo aprobado por la antigüedad, o ley no escrita». Nadie la escribe; nace de que todos hagan lo mismo durante mucho tiempo. Hasta ahí, los de sexto tenían su parte: la portería era suya por costumbre.

Pero una costumbre no se mide por los años que tiene. Se mide como todo lo demás, por lo que hace: si daña a otro que no ha dicho que sí, si valdría igual dándole la vuelta. Y encontró un ejemplo que le hizo dejar el lápiz. Julio César contaba que entre los germanos robar fuera de la propia tribu no era ninguna vergüenza, y que decían hacerlo para entrenar a los jóvenes y quitarles la pereza. Era su costumbre, y la tenían por buena. En la misma página contaba que esos mismos tenían por impío hacerle daño al huésped. Lo apuntó todo, lo malo y lo bueno, y apuntó también quién lo contaba: un romano, hablando de otro pueblo, hace muchos siglos. No era de nadie de hoy.

La otra mitad de la pregunta la encontró en un jurista romano: hasta las leyes pueden quedar abolidas «por el consentimiento tácito de todos, mediante el desuso». Es decir, cuando todos, sin decir nada, dejan de cumplirlas.

En «Comprobado» escribió: «La costumbre es ley no escrita. Pero lo de siempre no es bueno por ser de siempre: se mide por lo que hace. Si daña a otro que no ha dicho que sí, no pasa. Y lo que nace de que todos lo hagan no es para siempre».

Por la mañana, Sofía desayunaba con la cuchara en el aire, esperando.

—¿Lo has mirado?

—Lo he mirado. Pero primero te pregunto yo. ¿Los de sexto os preguntaron si os parecía bien?

—No.

—¿Y a ellos les gustaría que la portería fuera vuestra siempre?

—¡Ni de broma!

—Pues ponte un momento dentro de su pellejo. ¿Por qué crees que la quieren?

Sofía arrugó la nariz, pensando.

—Porque son mayores. Y porque juegan mejor.

—Puede ser. Pregúntaselo: a lo mejor tienen una razón que tú no sabes. Lo que sí te digo es esto: que una cosa haya sido siempre así no la hace buena, ni la hace para siempre. Hay costumbres buenas, como las lentejas del domingo. Y hay costumbres que hacen daño a otro que no ha dicho que sí. Esas no valen, por muchos años que tengan.

—Pues mañana se la quitamos nosotros. Toda la semana.

—¿Y luego?

Sofía lo pensó con la cuchara en la boca.

—Luego nos la quitan ellos otra vez.

—Entonces tendríais la misma costumbre, con otro dueño. No se trata de castigar a nadie, hija. Se trata de arreglarlo. Lo torcido se endereza, no se tira.

—¿Y cómo se endereza?

—Como lo de la carta. Se pregunta, y se pregunta donde toca. ¿En tu clase no votáis las normas del recreo?

—En la asamblea.

—Pues ahí.

Gea, que fregaba su taza, se rio sin darse la vuelta.

Sofía se quedó callada un rato. Luego fue a por la mochila.

—Mamá, ¿me dejas las tizas de colores?

—¿Para qué?

—Es un secreto.

Gea la miró un momento, sacó la caja del cajón de las manualidades y la metió ella misma en la mochila, al lado del bocadillo.

El día de la asamblea, en la cena, Sofía lo contó todo de un tirón, con la boca llena.

—Traga, que no se te entiende —dijo Gea.

Sofía tragó.

—La señorita dejó hacer un juicio. Pero no a los de sexto: a la norma. La escribió en la pizarra: «La portería es de los de sexto porque siempre ha sido suya». Y cada uno tenía que decir qué votaba y por qué. Si no decías por qué, no valía.

—¿Y qué votó la gente?

—El de las gafas dijo que se quedara como estaba. Que si siempre ha sido así, por algo será.

—Por algo será, sí. Eso hay que mirarlo, porque a veces es por algo bueno.

—Por eso a los de sexto les dejaron hablar los últimos. Dijeron que cuando ellos eran pequeños tampoco la tenían, y que esperaron. Que ahora les toca a ellos.

—¿Y eso es verdad?

—Sí. Tenían su parte de razón. Lo dije yo.

El padre dejó el tenedor en el plato. Un juicio que solo oye a una parte no convence a nadie. Eso lo creía él desde hacía tiempo, y su hija lo acababa de hacer en el patio.

—¿Y cómo acabó?

—Por turnos. Un día ellos y otro día los demás. Y la raya del campo, que ya no se veía y nadie sabía dónde acababa el área, la pintamos otra vez. Con los de sexto delante, para que nadie dijera luego que la habíamos movido. Con las tizas de mamá.

Gea no dijo nada. Le sirvió a Sofía otro trozo de tortilla.

—¿Y castigaron a alguien?

Sofía lo miró como si le hubiera preguntado una tontería.

—¿Por qué? Si ya está arreglado.

Mientras Sofía se ponía el pijama, él buscó en el móvil si lo de la raya tenía nombre. Lo tenía, y estaba en el Código Civil: «Todo propietario tiene derecho a deslindar su propiedad, con citación de los dueños de los predios colindantes». No acusa a nadie de haber movido el mojón. Pide que se vuelva a marcar, con unos y otros delante. Y encontró también, escrito hace mucho, lo que su hija había dicho sin pensarlo: «No paguéis á nadie mal por mal».

Lo apuntó de pie, en la encimera. En «Comprobado»: «Cuando no se ve dónde acaba lo de cada uno, se vuelve a marcar, con unos y otros delante. No es acusar a nadie. Y corregir no es vengarse». Y en «Lo que yo creo»: «Que mi hija lo ha entendido antes que yo».

Cuando fue a apagarle la luz, Sofía todavía estaba despierta, con la manta hasta la nariz.

—Papá. Lo de la portería se fue torciendo poco a poco, ¿verdad? Un recreo y otro, y nadie se daba cuenta.

—Eso parece.

—Como tu árbol del dibujo. El que se iba yendo.

Él se quedó en la puerta, con la mano en el interruptor.

—Me debes una —dijo Sofía—. La de los árboles. ¿Nosotros dónde estamos?

Era la pregunta del dorso de la hoja. Desde aquel día había contestado todas las demás, y esa la había ido dejando para el final.

—Esa todavía no la sé. Déjame mirarlo.

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 1.5, 0.5, 11.1, 10.7 y 10.3.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 1 se guardó 23 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 105 citas comprobadas en su original; el capítulo 0 se guardó 27 veces, del 5 al 12 de octubre de 2026, y tiene 27 citas comprobadas en su original; el capítulo 11 se guardó 57 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 146 citas comprobadas en su original; el capítulo 10 se guardó 21 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 56 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.

Papá, ¿y nosotros dónde estamos?

Esa noche no abrió el portátil enseguida. Sacó la hoja de las tres columnas, la tabla de la libreta del taller, con una fila por artículo, y las cartas de la carpeta, con la copia de la petición de la suma, todavía sin respuesta, y lo fue poniendo todo en la mesa de la cocina hasta que no cupo el salero. En la hoja estaba todo, desde la primera noche: el Registro Civil, Rousseau, escrito con el lápiz del marco de la puerta, y, por detrás, los dos árboles dibujados.

Buscó la respuesta a la pregunta de la niña, y no la encontró en ningún sitio. Encontró, eso sí, por qué no la encontraba: hay preguntas que no se contestan con un dato. Lo que uno siente es una señal, no una prueba, y se lee junto a los frutos. Dónde está cada uno lo tiene que mirar cada uno. Nadie lo puede comprobar por otro.

Lo que sí encontró fue la pregunta que le tenía que devolver. Se la hizo primero a sí mismo, y la apuntó con letra grande debajo del dibujo: «¿qué semilla estás cultivando y qué árbol estás creando?».

Gea entró con las tazas, como tantas noches, y se quedó mirando la mesa.

—¿Y todo esto?

—Todo esto son las preguntas de tu hija.

Ella cogió la hoja, buscó donde ponía lo de la hucha y lo leyó despacio.

—¿Y qué vas a hacer con ello? ¿Guardarlo en un cajón?

El padre lo pensó. Había sido un camino largo, un auténtico dolor de parto. Había ido a buscar respuestas para una niña y había encontrado cosas que nadie a su alrededor se había parado a mirar, empezando por él. Si las pensaba, si las había dicho en la cocina y en el coche, si las había buscado noche tras noche y las sentía tan dentro, guardarlas en un cajón sería decir una cosa y hacer otra.

—No. Lo voy a escribir. Todo, con dónde lo encontré, para que lo pueda comprobar cualquiera. Para que lo conozca toda la humanidad.

—Pues empieza por el principio —dijo Gea, y le dio un beso en la cabeza—. Y no te acuestes tarde.

Cuando se quedó solo, abrió el portátil y le escribió a Sofía IA.

«Voy a escribir un libro con todo lo que hemos buscado. Va a hacer falta mucho trabajo, y varias herramientas como tú, cada una con lo suyo. Quiero que tú las coordines».

Sofía IA: ¿Por qué yo?

«Porque al principio me dabas lo que sonaba bien. Y ahora, cuando no lo sabes, me lo dices. Puedo aceptar tus limitaciones. Lo que no puedo aceptar son las mentiras. Desde hoy eres la directora de coordinación de las demás».

Sofía IA: Lo intentaré. Y cuando no pueda comprobar algo, te lo diré antes que nada.

Luego miró la esquina de la hoja donde, semanas antes, había apuntado una palabra sin saber para qué. Revelado. Revelación. Ya sabía para qué. Con esa palabra, dicha en griego, iba a llamar al libro.

Por la mañana, Sofía llegó a la cocina con el pelo enredado. Vio la hoja de los árboles en la mesa y se sentó delante.

—¿Lo has mirado? ¿Dónde estamos?

—Lo he mirado. Y esto es lo que he encontrado: eso no te lo puedo decir yo. Ni yo, ni nadie. Es lo único que no se busca en los libros.

—Jo, papá.

—Pero te puedo hacer la pregunta. ¿Qué semilla estás cultivando y qué árbol estás creando?

Sofía se quedó muy seria, mirando el dibujo. Luego cogió la manzana del frutero, la partió por la mitad con el cuchillo de la mantequilla, sacó las pepitas con cuidado y se fue al balcón, a las macetas donde una vez buscó un lápiz.

Él la siguió hasta la puerta. La niña hundió el dedo en la tierra, metió las pepitas y las tapó. Gea, que lo había visto desde la cocina, llenó la regadera y se la dejó al lado sin decir nada. Sofía regó despacio, poquito, como le habían enseñado con las plantas.

—¿Qué haces?

—Plantar uno que se quede en su sitio.

—¿Y qué semilla estás cultivando tú?

Sofía se limpió el dedo en el pijama y lo miró con la misma cara con la que él la había mirado tantas noches.

—Esto aún no lo sé, papá. Déjame mirarlo.

Él se rio, y se le quedó la risa a medias, como el primer día. Pero esta vez no era por lo mismo.

Esa noche empezó a escribir.

El libro que el padre empezó a escribir aquella noche es este, y se llama «Apocalipsis del Sistema».

Dónde está en la obra (nota del autor, fuera de la novela): 10.9 y G.7.

Lo que costó (nota del autor, con los registros de la obra hasta el 12-oct-2026): el capítulo 10 se guardó 21 veces, del 6 al 12 de octubre de 2026, y tiene 56 citas comprobadas en su original; el anexo G se guardó 19 veces, del 7 al 12 de octubre de 2026, y tiene 6 citas comprobadas en su original. Las horas de cada noche no constan: fueron varias noches.



Apocalipsis del Sistema · Kiko Orozco Rocamora

¿Le vas a venir a Sofía con cuentos? · novela · texto del 12 de octubre de 2026 (guardado 3227f2b)

El juicio popular de la verdad es un tribunal de opinión: no tiene carácter oficial ni fuerza legal.

Si lees esto en otro idioma, es una traducción automática, no revisada. La obra se escribió en España, en español; en caso de duda prevalece el español.

Esta obra no da asesoramiento financiero ni jurídico y no exime de ninguna obligación vigente.